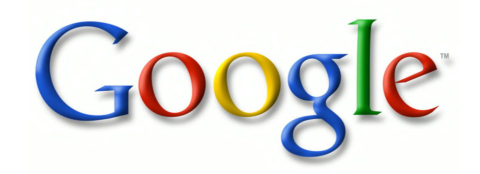
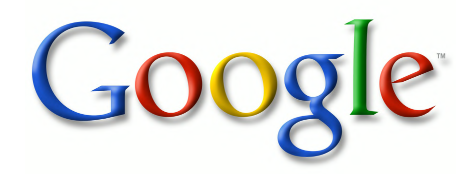
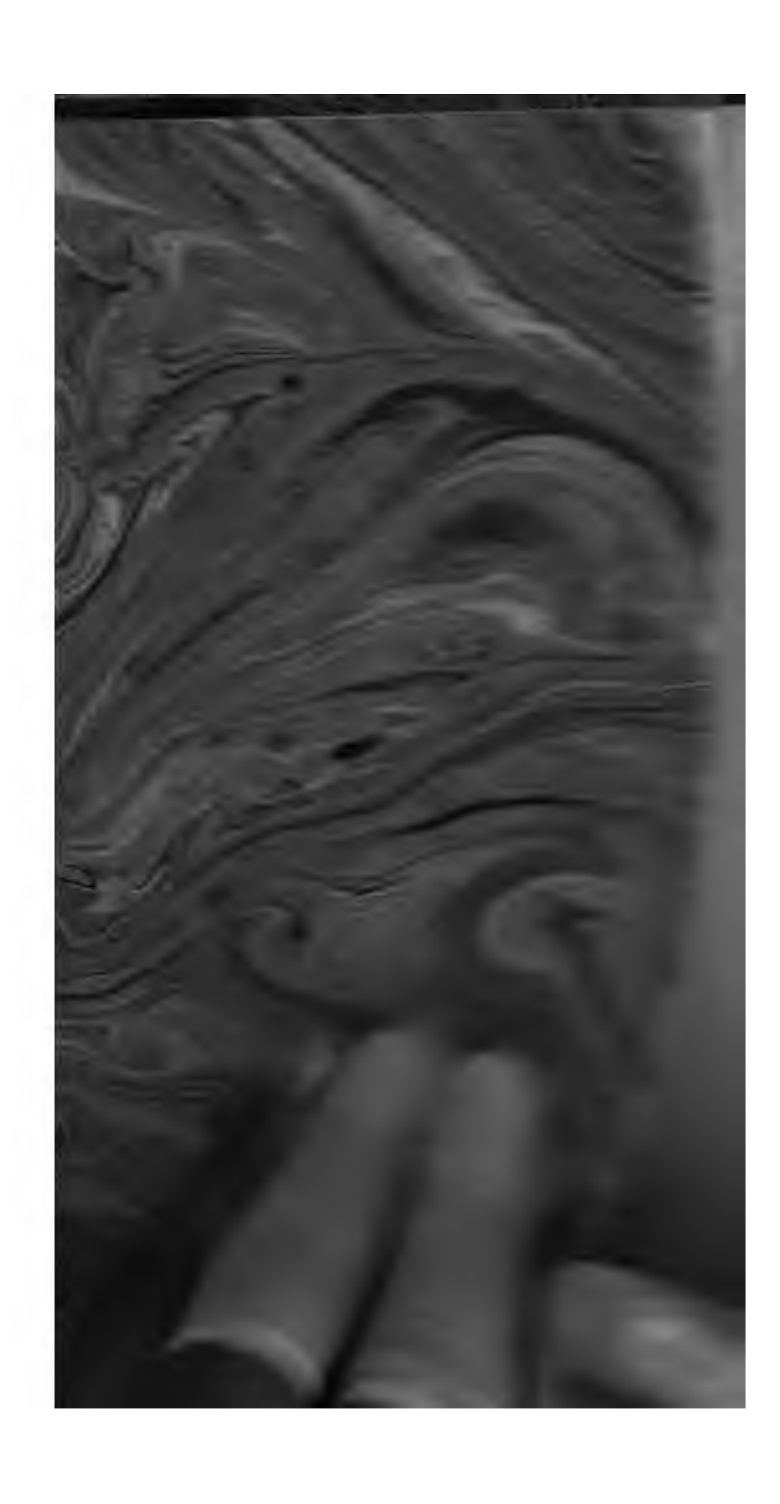
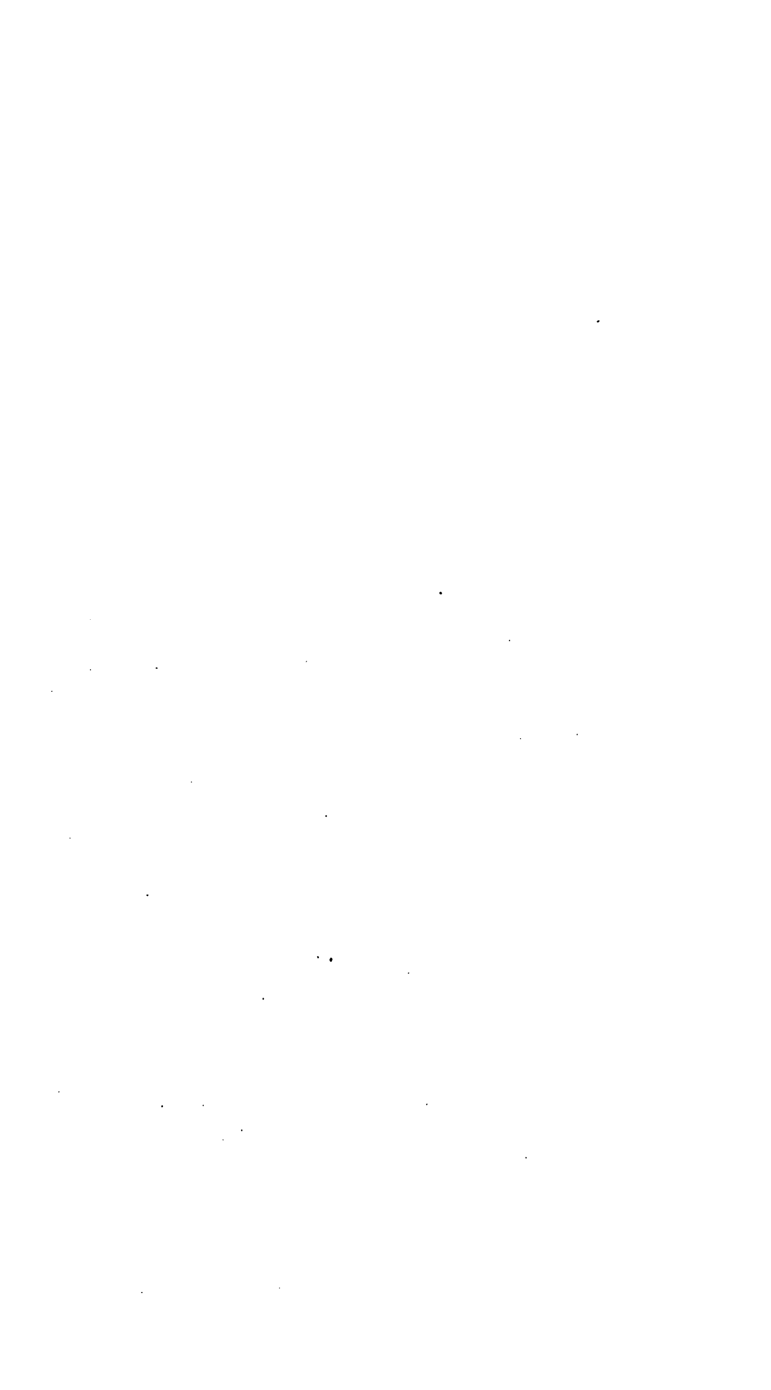


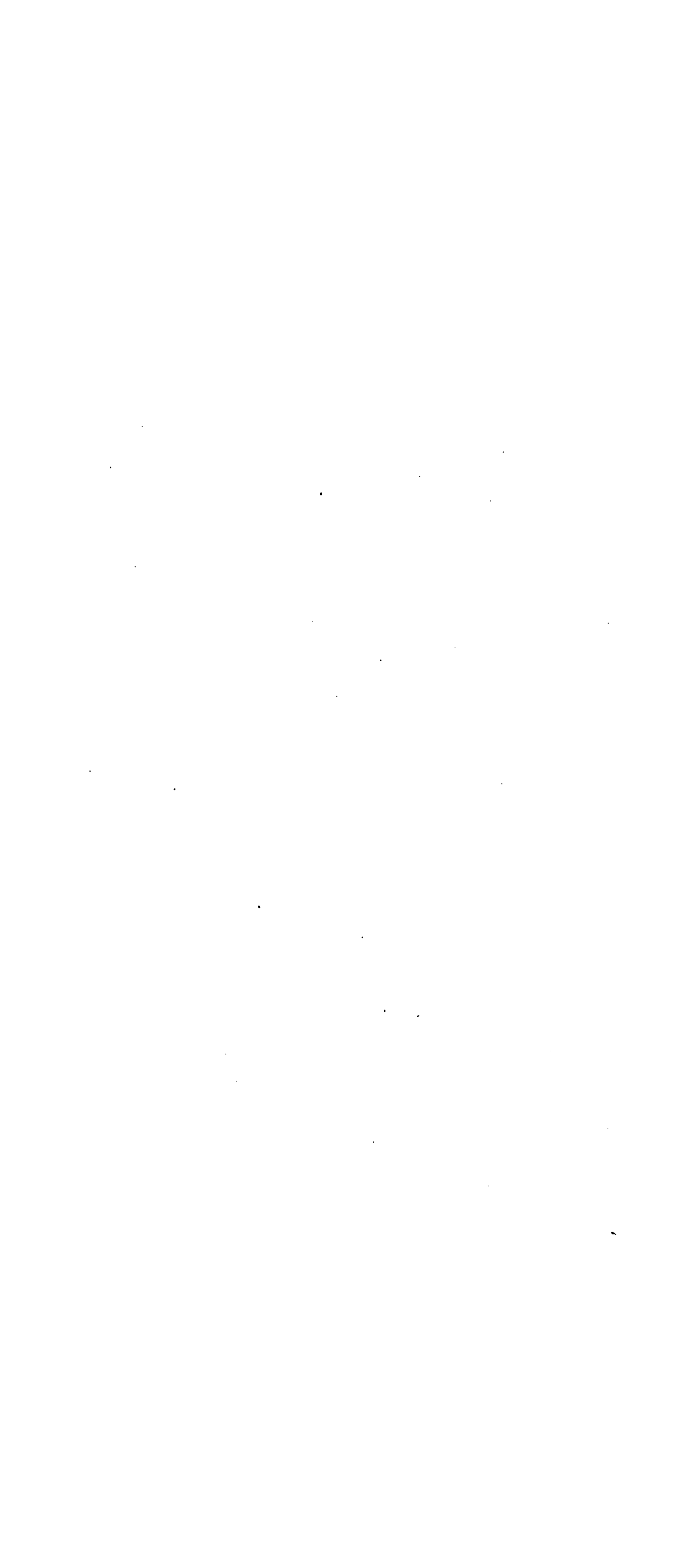


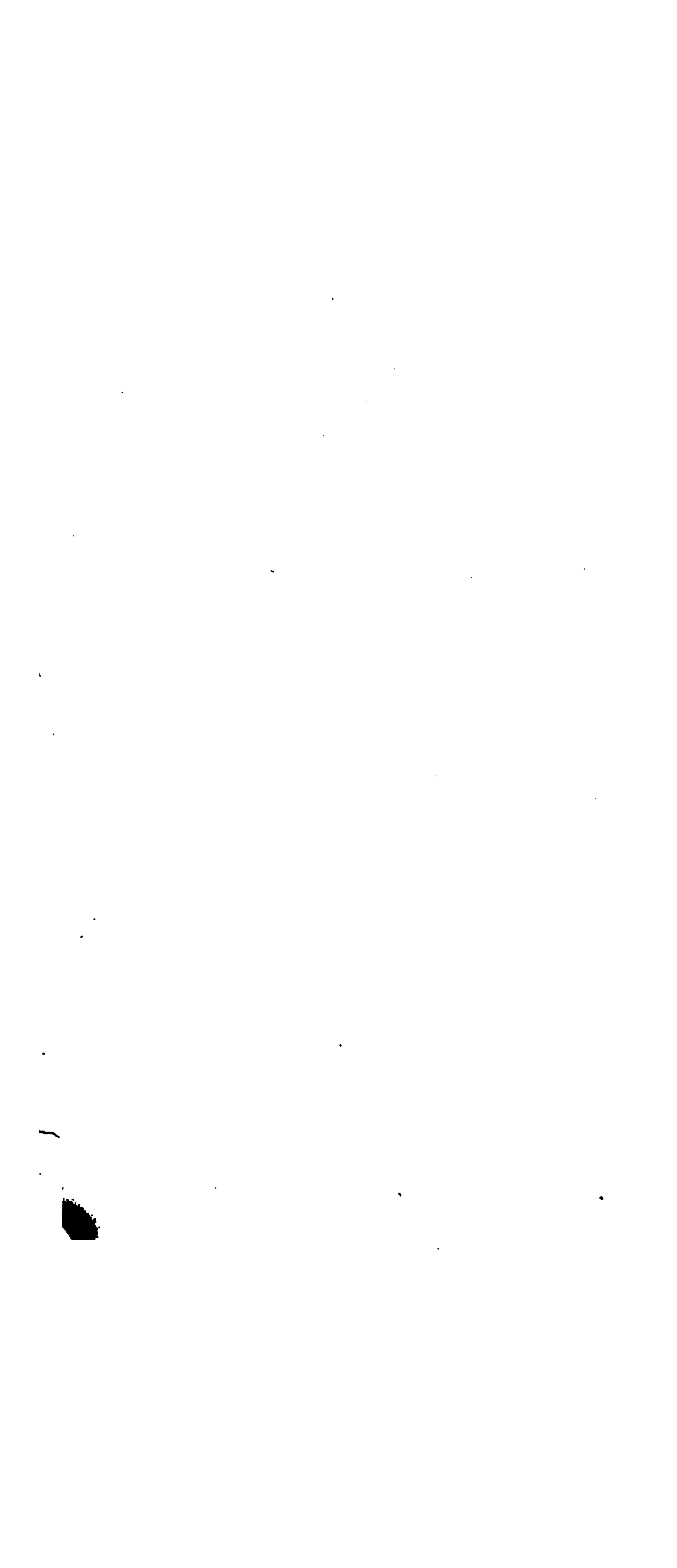

A 853,660


University of Michigan Libraries









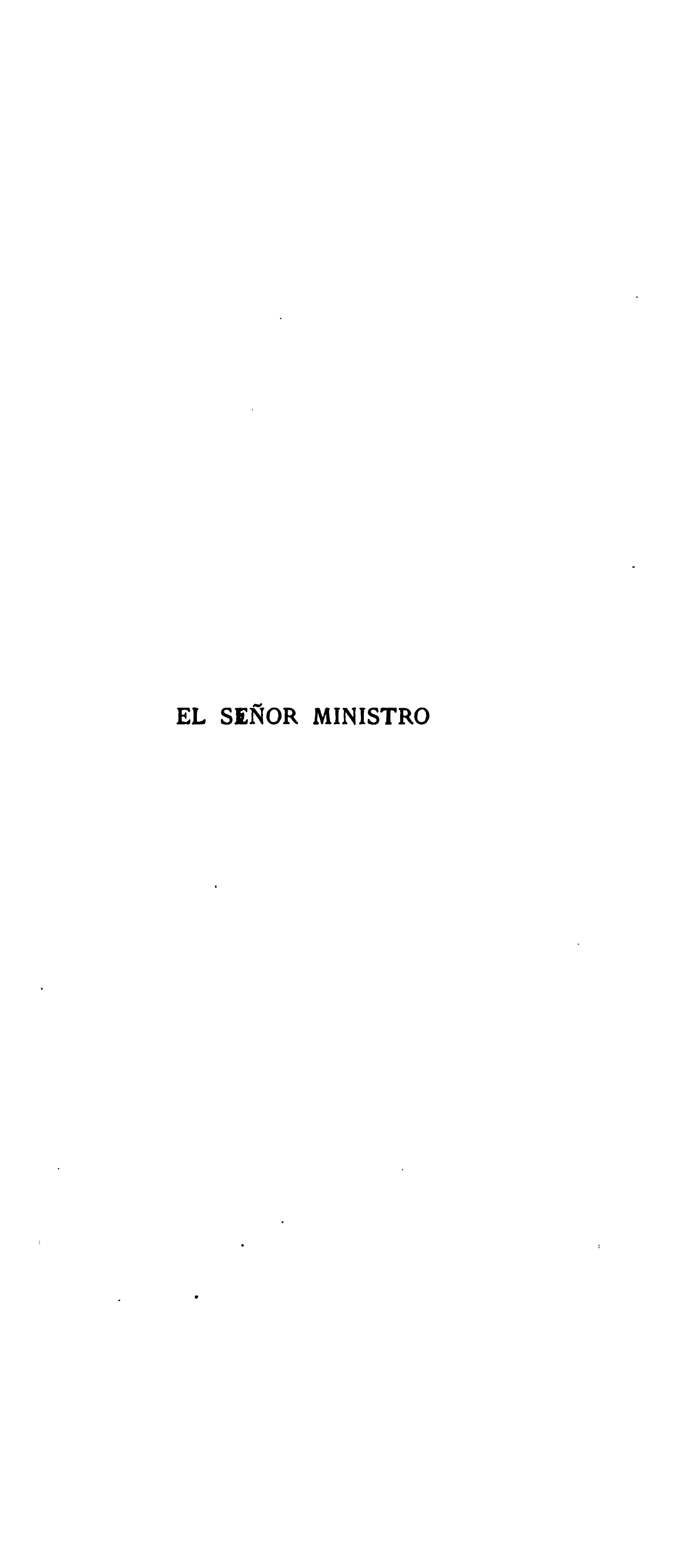
*TEATRO ANTIGUO Y MODERNO*

---

Pompeyo Gener
y
Braulio Omedes

# EL SEÑOR MINISTRO

CUATRO REALES



# EL SEÑOR MINISTRO

Imprenta de F. Badía, Dou 14, Barcelona.

*TEATRO ANTIGUO Y MODERNO-Vol. XXXII*

# EL SEÑOR MINISTRO

**Comedia dramática en tres actos y un prólogo**

**de costumbres políticas de fines del siglo XIX**

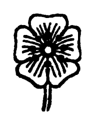
ORIGINAL

DE

POMPEYO GENER

É

HILARIO BRAULIO OMEDES



LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA: : : : : : : : 1905.

## PERSONAJES.

DON FULGENCIO, Ministro de Fomento. (Tipo inchado, enfático y aparatoso. 45 años. Usará lentes de oro.)

JUSTO LLANO. Secretario particular del Ministro. 30 años.

MÁXIMO LASHERAS. Profesor del instituto de Villa-acarnerada. 25 años.

DON TIMOTEO IGLESIAS. Cacique de Villa-acarnerada y apoderado del Ministro.

RUFO. Dueño del restaurant de dicha villa.

DIPUTADO ALVAREZ. Encasillado por Villa-acarnerada. 35 años.

DON MELCHOR CODINAS. Exfabricante catalán. 60 años. (Hablará en tono sentencioso, con un acento catalán muy marcado y duro).

GÓMEZ DEL COTO. Propietario de Villa-acarnerada. 45 años.

DON ESTEBAN QUIÑONES. General de cuartel. 60 años.

EL CONDE Y LA CONDESA DE CASA SOLANO.

EL MARQUÉS, consorte de las Annatas, y la

MARQUESA VICTORIA, su mujer.

JORGE. Pintor modernista. 30 años.

DON LUIS. Escritor académico. 56 años.

ALBERTO. Capitán de Ingenieros. 35 años.

JAIMITO MINGOTE, 28 años. Hablará belfo y con afectación.

EL CAMARERO del Casino de Villa-acarnerada.

PERIODISTAS, 1.°, 2.°, 3.° De 22 á 30 años.

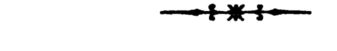
Un portero del Ministerio.

Un mozo del Suizo.

Un cartero.

Mozos de Fonda, Políticos, Gente del Pueblo, Diputados, caballeros, señoras, chicos de la aristocracia.

Una comisión de Campesinos.



*La acción pasa á fines del siglo pasado.*

*En el prólogo en Villa acarnerada, capital de distrito, de cualquier provincia del centro de España á fines de Octubre.*

*En el primer acto, en el segundo y en el tercero en Madrid á principios de Enero y en la primavera.*



# PRÓLOGO

Gran salón del casino político de Villa-acarnerada. Grandes mesas á lo largo preparadas para un banquete, con ramos de flores en el centro. En uno de los plafones en el centro el retrato de un Monarca. En la pared grandes cartelones con los lemas: «Libertad» «Orden» «Regeneración.» Tiestos con arbustos, colgaduras galoneadas de oro falso en las puertas, dominado en la ornamentación un pésimo gusto. Candelabros, guirnaldas de follaje con flores de papel, un retrato de Cánovas á la derecha y otro de Sagasta á la izquierda, etc., etc.

## ESCENA PRIMERA

RUFO y un CAMARERO.—Ambos están dando los últimos toques en el arreglo de la mesa.

CAMARERO.—Vaya una juerga... estos señores políticos todo lo arreglan comiendo... Y en verdad que el pueblo, con todo esto, algo sale ganando...

RUFO.—Gana... ó pierde; no lo sabemos. Yo no he visto aun que el Ministro haya hecho nada por nosotros.... promesas... y nada más... Eso sí, talento pida usted. Hay que oirle hablar de la importancia agrícola é industrial de Villa-acarnerada... de lo que llegará á ser esto á favor de una política *Agraria, hidraulica y pirotécnica*... de un gobierno fuerte que haga prosperar los intereses materiales...

CAMARERO.—El sí que ha prosperado... Me acuerdo de cuando era yo camarero del Suizo en Madrid que don Fulgencio no era más que un simple periodista que no tenía donde caerse muerto. Siempre me quedaba á deber la cena... un café con tostada... Y ahora veremos si querrá reconocerme. En cuanto á hablar,eso sí; hablaba por diez, y por los codos; en su mesa solo se le oía á él.

RUFO.—No es que solamente hable... que también discurre... A fuerza de hablar contra el gobierno y predicar ideas republicanas, hizo que Martos se fijara en él. Dejándose querer se hizo monárquico, y hételo aquí diputado democrático. Después, en un momento de crisis, apoyó á Sagasta y éste le nombró director general, y á la caída de los fusionistas pidió á grandes gritos un gobierno de fuerza, con mucha caballería, con mucha infantería y mucha artillería. y los conservadores le hicieron ministro.

CAMARERO.—Así muchos dicen que ni Frégoli, cambía de casaca en menos tiempo que él.

RUFO.—Pues en esto está precisamente el talento, en saber cambiar á tiempo. Así se sostiene la situación y las instituciones y uno va ganando. ¿Te parece poco?

CAMARERO.—¿Y á qué viene ahora?

RUFO.—Dicen que á levantar la opinión pública para el próximo período electoral..... pero á mi no me la pega. El viene á levantar muertos Don Timoteo, que es el cacique de esta provincia, según me dijo ayer el notario Pinillos, es además apoderado del ministro, y para mí viene á dar órdenes á don Timoteo para la adquisición de terrenos.

CAMARERO.—¡Pst!... que suben...

RUFO.—Ya estan aqui los convidados.

## ESCENA II

Dichos, DON TIMOTEO, GOMEZ DEL COTO y enseguida algunos convidados. —Gran animación, se forman varios grupos en donde se comenta la llegada del Ministro. Don Timoteo se sienta en una silla; Gómez del Coto, está de pié junto á éste.

TIMOTEO.—Amigo mío, no se quejarán ustedes de la fiesta... El número de tarjetas podrá ser reducido; pero los poseedores de ellas son gente escogida.

GOMEZ:—Encuentro el cubierto algo caro.

TIMOTEO.—No, no lo crea usted es el gran modo de que sea un banquete distinguido. Ya sabe usted que para estas cosas me pinto solo. Si se me hubiera encargado de organizar un banquete de propaganda... pues, se regalan las tarjetas con abundancia á los que de antemano se sabe que acostumbran no pagárlas, estos á su vez conocen é invitan á todos los que tienen esta cualidad ó defecto. Se abren después las puertas de par en par... y amigo..¡el efecto es completo!... hay quien por una cena está dando vivas al gobierno hasta el dia del juicio final...

GOMEZ.—Sí, todo eso está muy bien; pero los oradores no se improvisan...

TIMOTEO.—¿Usted sabe los discursos que he proporcionado yo, á oradores improvisados?

GOMEZ.—*(Sonriente.)* ¿Y... á usted quién se los proporciona?

TIMOTEO.—¿A mi? Tengo yo un talismán para esos casos...

GOMEZ.—Un tal-ismán... ¿eh?... diga usted un tal Máximo Lasheras y estaremos conformes.

TIMOTEO.—Bueno ya sé que está usted en antecedentes, ¿reconoce usted que vale mucho este muchacho, verdad?

GOMEZ.—¡Vaya si vale! ¡Cómo pocos haya en España!

TIMOTEO.—Pues bien, si no fuera por mi dirección, este muchacho no haría nada bueno. Si usted viera, cuando me entrega sus discursos, cuanto disparate pone en ellos; unas ideas exageradas, ¡nada! barbaridades extrangeras, y tendencias malsanas, revolucionarias, extravagantes; pero yo se los arreglo; quito lo malo, dejando solo lo que puede pasar... lo que no choca con las tradiciones... Mire usted el otro día... un escrito, de treinta y dos cuartillas se las reduje á seis.

GOMEZ.—¿Y él qué dice?

TIMOTEO.—Calla y aguanta... pues no faltaría más, que siendo profesor del municipio vertiera tales ideas.

GOMEZ.—Me han dicho que es muy estudioso; que todas las horas que tiene libres las pasa en la biblioteca leyendo obras científicas en francés, en inglés y en alemán, ¿él recibe revistas extrangeras, verdad?

TIMOTEO.—Eso es lo que le ha de perder....... esos librotes extrangeros. . como si aquí no tuviéramos el Quijote ó el padre Ripalda, pero nada... solo le gustan las extravagancias radicales de allende los Pirínecs.

GOMEZ.—¡Ahí le tenemos! *(Señalando á Máximo que entra por el foro.)*

## ESCENA III

Dichos. y MAXIMO que entra por el foro izquierda.—Es alto, moreno, va correctamente vestido de negro, tiene una mirada lángida é inteligente.

GOMEZ.—Aquí tiene usted á su predilecto; supongo que usted hablará de él al señor ministro como de un muchacho que promete.. *(Máximo se acerca.)*

MAXIMO.—¡Que cumple!

TIMOTEO.—¡Bueno hombre! siempre este orgullo!... y aun no eres nadie!

GOMEZ. — Tiene razón. *(Dirigiéndose á Máximo.)* ¿Le gustaría á usted ir á la Corte?

MÁXIMO.—¡Pse! Preferiría ir á París ó á Alemania; es tan dificil substraerse á los presentimientos. Que quiere usted, se parecen tanto las emociones que preceden la felicidad, á las que preludian nuestra desgracia... y yo temo que en Madrid...

GOMEZ —No sea usted así—que es lo que teme? ¿Desconfia usted de la buena intención del señor?

MÁXIMO. — No! Pero cuando se ha tenido una gestación intelectual tan laborio sa, cuando no se ha hecho otra cosa que estudiar... estudiar mucho... para solo llegar á vislumbrar la enormidad de nuestra ignorancia... ¡es tan dificil empezar á producír, y sobre todo exhibirse, donde debe haber tantas envidias!

GOMEZ.—Vamos hombre confíe en nosotros. No es usted el que ha de decidír acerca de su prosperidad ni de su éxito... no se ocupe de eso... ¿ha visto usted al Ministro?

MÁXIMO.—Si por cierto, cuando yo venía hacia aquí, el salía del Hotel de Castilla en com-

pañía de su secretario, del arquitecto provincial y de varias personas.

GOMEZ.—¿En carruaje?

MÁXIMO.—Si señor.

TIMOTEO.—Pues vienen hacia aquí. *(Apresurándose á dar órdenes á los criados.)*

GOMEZ —*(A Máximo)* Vamos, creo que usted no es de los de ánimo apocado. ¿Verdad? ¡Sea usted franco! ¿Se siente usted fuerte?

MÁXIMO.—Sí, tengo verdadera confianza en mí mismo, excepto algunos momentos de descorazonamiento. Siento en mí algo superior sobreorgánico que preside mis inclinaciones y que me empuja hacia adelante... ¿Será para caer en un abismo? No lo sé. Pero he de confesarle á usted que me siento fuerte para las más altas empresas de la vida, en bien de la Humanidad, y en especial en bien de nuestra pobre España, de este país de valientes materiales, pero en el cual hoy todos tienen miedo á las ideas; país de soldados, valerosos pero de hombres públicos putrefactos y cobardes. Aquí todos son acarnerados, todos andan por donde les marca el pastor del rebaño... pastor que muchas veces es el lobo.

GOMEZ.—Qué pesimista es usted... Además no á todos les es dado dirigirse á sí mismos; mucho menos alcanzar las grandes alturas.

MÁXIMO.—Pero sí, él examinar el camino que emprenden, cada uno puede ser *uno mismo*. Ser un hombre de molde, carne de cañón, el comun de los fieles, uno de tantos, no es digno de un hombre. Las naciones superiores son aquellas en que los individuos están mas diferenciados, riva-

lizando entre sí, en originalidad, en personalidad y en vida.

GOMEZ.—Eso usted que es un hombre superior. *(Máximo menea la cabeza, como negando su superioridad.)* Yo jamás me he atrevido á abordar las grandes empresas... temo constantemente el fracaso; por eso sigo á la reata.

MÁXIMO —Ahora comprenderá usted porqué temo tanto la desanimación que alguna vez me invade... ¡Que crimen mas grande se comete al desanimar á la juventud! Y aquí casi todos me desaniman.

GOMEZ.—Hoy no hay motivo para desanimarse amigo... El Ministro ha mostrado vivos deseos de conocerle... le han anticipado noticias tan favorables de usted! ¿verdad don Timoteo? *(A don Timoteo qne se aproxima de nuevo.)*

TIMOTEO.—Si hombre si; ¿has pensado en aquello? *(A Máximo.)*

GOMEZ.—¡Ah! Si; ¿ha traído usted el trabajo?

MÁXIMO.—Si... lo he traido; por cierto que no creo necesitarlo... hace tan mal efecto leer un trabajo en un banquete... Prefiero en tal caso expresar el concepto... *(Saca unas cuartillas)* hablando si es necesario.

TIMOTEO.—Bueno, mejor, así lo verá antes el secretario; quiero que sepa el Ministro que yo también tengo un secretario de talento.

RUFO.—*(A todos)* Me parece que viene el señor Ministro.

CAMARERO.—Si, vienen. *(Se oye la «Marcha de Cadiz. Corren todos hacia el balcon del foro, Inmediatamente se forma la comisión Receptora con D. Timoteo el Sr. Gomez y dos señores más. Se oye gran algazara y vitores al ministro.)*

## ESCENA IV

Dichos, DON FULGENCIO HURIARTE (Ministro) DON JUSTO, (secretario particular) Sr. ALVAREZ DE LARA, (Diputado) DON VERO FRANCO, (arquitecto) Acompañamiento. Los criados empiezan á destapar botellas de vino. Entra el Ministro descubriéndose. La comisión receptora contesta con una reverencia.

MINISTRO.—¡Oh! Amigos míos... nunca habré admirado bastante las bellezas que encierra esta monumental ciudad. *(El Secretario no se aparta de su lado)* Es verdaderamente sensible que los ayuntamientos no se preocupen más de la conservación de los monumentos públicos de un estilo tan... tan,.. soberbio.

VERO.—Es algo dificil señor Ministro... seria preciso poner un centinela en cada obra de arte y á cada monumento... Míre usted...el año pasado cuando el público vino á apercibirse, los canónigos ya habían hecho blanquear en la catedral algunos frescos de Tiépolo y de Murillo... y ya ve usted, el gobierno nos deja sin fondos, y lo que es más, la ley centralista nos deja sin autoridad. Para la menor cosa hemos de recurrír á la Academia de San Fernando, é interin resuelven los señores académicos, los edificios se desmoronan ó son estropeados; esto cuando no se vienen abajo. *(El Ministro no deja de hacer aspavientos.)*

MINISTRO.—Si.., ya... es verdaderameute sensible todo esto. *(El cacique don Timoteo, tira del frac de Vero. Este le mira con desprecio.)* Lo mismo que esa casa de la bajada de los Mancebos donde el hermoso estilo... gótico...

VERO.—*(Interrumpiéndole)* Mudejar.

TIMOTEO.—Si! muzárabe...

MIMISTRO.—Eso es, si, de los tiempos del moro Muza... que fué quien derrotó á los godos... por eso digo que tiene algo de gótico...

VERO.—*(Aparte)* ¡Que animal!

MINISTRO.—Pues, sí, se ve que las reformas han borrado el estilo en esa hermosa casa... Porqué no cabe duda que se han hecho reformas...

VERO.—Precisamente esa casa pertenece al señor...*(Señalando á don Timoteo.)* sentiría equivocarme.

TIMOTEO.—*(Con gran turbación.)* Es cierto... no... sí... pero no puede nadie figurarse el disgusto que la tal casa me proporcionó.. Yo estaba de viaje cuando se hizo esto... Yo ordené solamente que la limpiaran...

JUSTO.—Tratar de conservar es una cosa y restaurar es otra.

MÁXIMO.—¡Verdad! *(A Justo)* no hay nada tan detestable como una restauración... es presentar lo viejo con careta nueva....... Es quererenos hacer pasar una anciana decrépita por joven lozana y hermosa... la manía de restauración en lo arquitectónico acaba con las bellezas monumentales... nos vela la hermosura de la pasada grandeza sin darnos la originalidad de lo nuevo... Las restauraciones en la política han esterilizado casi siempre todas las energías vitales de las naciones.

TIMOTEO.—¡Calla! *(Dándole un tirón en la manga incomodado.)* Ya tenía que meter la pata!

JUSTO.—*(Sonríe y desvía la conversacicn que ha puesto en ridículo al Ministro y á don Timoteo.)* Vamos señores que don Timo-

teo se ha lucido. Vean ustedes que mesa y que banquete nos ha preparado!

MINISTRO.—¡Magnífico! *(Aparte á Justo)* Quien es ese muchacho? *(Señalando á Máximo.)*

JUSTO —Un muchacho muy instruido, muy trabajador y de muchísimo talento.

MINISTRO. — Me ha parecido excesivamente impertinente...

JUSTO.—Es muy joven... no tiene mundo... Es profesor del Ayuntamiento.

TIMOTEO,—Vamos señores á la mesa, y por orden. El señor Ministro en la presidencia.

MINISTRO,—Y usted á mi lado y al otro lado mi secretario.

TIMOTEO—Si... y Máximo...

JUSTO.—Que se ponga á mi lado.

TIMOTEO.—Vaya señores, ir tomando asiento.. *(Se van sentando. Una vez sentados empiezan á servir la comida.—Escena natural, se sostienen varias conversaciones parciales armando durante breves instantes la algazara propia en estos casos.)*

MINISTRO.—Que felicidad para mí encontrarme entre todas las eminencias de Villaacarnerada... Abogados, doctores, propietaríos, fabricantes...

JUSTO.—*(Al oido)* ¡Pero si no hay!

MINISTRO.—¡Bueno! lo mismo es; *(continuando)* propietarios, literatos, filósofos...

TIMOTEO.—Aquí tiene usted uno. *(Presentando á Máximo al Ministro)* Señor Ministro, tengo el honor de presentarle á usted á un joven de gran talento... Máximo Lasheras, profesor municipal, á quien yo tengo como secretario para que vaya aprendiendo....

GOMEZ.—Sí; escribe muy bien y tiene un gran criterio; aunque de ideas es algo avanzadillo...

MINISTRO.—Y ¡eso qué importa! ¡Ya cambiará! con el tiempo y los desengaños... Yo en mis mocedades fuí republicano y hoy soy conservador...

VERO.—*(Al de al lado.)* Y si en ello gana algo, mañana será lo que usted quiera.

TIMOTEO.— Ha hecho un trabajo sobre instrucción pública, que ya tendrá el honor de enseñarle... Está basado en el estudio de las escuelas de Suiza ó de Suecia... Ya lo verá S. E.

MINISTRO.—Bien, muy bien... yo soy un entusiasta de la juventud estudiosa... de esa savia de la nueva vida que lleva en germen en su seno reconcentrado todo el porvenir de la patria, la felicidad pública, la gloria. *(Esto con tono enfático.)* ¡Por ella nos perpetuamos...!

MUCHOS —¡Bien! ¡muy bien!

TIMOTEO.—¡Qué orador!

GOMEZ.—¡Portentoso!

DIPUTADO.—Si le oyeran ustedes en el Congreso.

MINISTRO.—*(A su secretario )* ¡Justo! haga usted el favor de ver ese notable trabajo. *(Don Timoteo casi á la fuerza toma el trabajo de Máximo y se lo entrega al Ministro.)* Yo ya lo leeré luego. *(Justo toma el trabajo y lo examina, en tanto los demás comen y hablan.)*

JUSTO.—Que ideas más originales y más provechosas... Ya había leido en algunas revistas extrangeras algún trabajo de este señor. *(Habla al oído del Ministro.)*

MINISTRO.—*(A don Timoteo.)* ¡Y usted no me lo había dicho! ¡Un joven de tanto talento! ¡Conocido en el extrangero! E ignorado en España. ¡Qué atrocidad! ¡Oh! Esto no puede ser. ¡No! de ningún modo... Yo voy á apo-

yarle, á protegerle magnífica y expléndidamente como merece. La situación, la dinastía, la regeneración de España necesita de esos genios ignotos que nacen y permanecen obscuros en provincias, y que para fructificar les es preciso un apoyo en altas esferas... ¡Sí señores! ¡Este es un día de júbilo para mí! Yo os lo digo, yo os lo afirmo con toda mi alma; si este viaje no hubiera tenido más objeto, más motivo, que el de descubrir ese joven genial, protegido ya de don Timoteo... satisfecha estaría mi conciencia presentando á la corte atónita una de las primeras notabilidades de la Nación Española... *(Aplausos).*

GOMEZ.—¡Claro! este pobre muchacho necesita protección, que le den la mano. .

DIPUTADO.—¡Pollo! *(A Máximo extendiéndole la mano.)* Se le puede á usted dar la enhorabuena.

MINISTRO.—*(A Máximo).* ¿Y usted aquí qué hace condenado á eterno *inpace*? ¿Por qué no se va usted á Madrid? *(Máximo calla bajando la cabeza)* ¡Nada! enseguida viene usted á Madrid... Yo se lo ordeno...

MÁXIMO.—Señor... soy pobre, muy pobre, profesor del Ayuntamiento, vivo con mi anciana madre gracias al sueldo exiguo, que á veces se me adeuda; y con el producto de una pequeña viña y los trabajos escasos que mando á algunas revistas extrangeras, ¡cómo quiere su excelencia que vaya yo á Madrid! ¿de qué viviré? ¿Cómo haré el viaje?

MINISTRO.—¡Nada! Usted no puede permanecer aquí en provincias, completamente ignorado! ¡Usted viene á Madrid conmigo!

MÁXIMO.—Imposible, en este momento no puedo dejar á mi madre... Está enferma.

MINISTRO.—Pues en cuanto se ponga mejor usted viene á Madrid con ella... Lo demás corre de mi cargo. Usted á mi lado; tendrá un alto puesto en instrucción pública y lo presentaré á los directores de los periódicos y de las revistas que han de disputárselo... Nada, á Madrid; yo necesito hombres como usted. *(Dirigiéndose al cacique)*. En usted confío don Timoteo; mandeme usted este muchacho en cuanto su señora madre se encuentre aliviada. Su porvenir corre de mi cuenta.

MÁXIMO.—*(Emocionado)* ¡Señor!

MINISTRO.—Apee usted el tratamiento, tráteme de usted como un amigo del alma, como lo soy desde ahora, y espero que usted lo será mío *(En esto empiezan á servir el Champagne.)*

VARIOS.—¡El champagne! ¡el champagne! ¡Que brinde don Timoteo! ¡Don Timoteo!

TIMOTEO.—Señores; profundamente emocionado por la venida del señor Ministro, levanto mi copa por el alto honor que... que nos concede.*(Aparte.)* ¡Diablo! Que no esté á mi lado Máximo!.. *(Alto.)* Por la honra y la gloria que nos cabe en la recepción de tan insigne patricio..., nuestro jefe de... nuestro padre...

UNO.—¡Bravo!

TIMOTEO.—Si señor. ¡De nuestro padre! porque sin su salvaguardia y solicitud paternal ¿qué sería de Villa-acarnerada? Pues bien: en nombre del partido, de las instituciones y del partido, de las instituciones y del orden, brindo á la salud del excelentísimo señor Ministro de Fomento nuestro padre y nuestro amigo!

VERO.—*(Aparte)* ¡Qué barbaridad!

MUCHOS.—¡Bravo! *(Aplausos prolongados. Se levanta el Ministro.)*

MINISTRO.—Profundamente emocionado, yo también á mi vez levanto mi copa para estrechar en mis brazos en la persona de don Timoteo, á todos los habitantes de Villaacarnerada que tan firme puntal son de las instituciones, de la dinastía y de la patria.

UNO.—¡Bien!

MINISTRO.—Además me levanto, señores, para abrazar al gran sabio, al insigne pensador al joven escritor ya célebre don... don... *(Mirando al secretario.)* ¿Cómo se llama?

JUSTO.—*(Bajo al Ministro.)* Máximo Lasheras.

MINISTRO.—Si... á Máximo Lasheras como el precursor de las eras de paz y de gloria que nos prepara con individuos como él, la juventud estudiosa española admiración del mundo entero. Rindo pues, yo en su persona digno culto de admiración, al genio, á ese don de la Divinidad que el Supremo hacedor se ha dignado conceder con tanta prodigalidad á nuestra querida España.

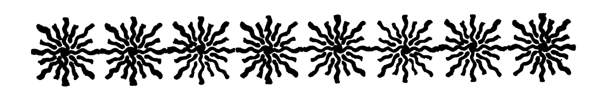
VARIOS.—¡Bravo! ¡Bien! ¡Muy bien! *(Aplausos.)*

MINISTRO.—¡Ah! Señores, yo no me contento solo con abrazar en tan solemne momento en nombre del partido y de las instituciones, al ilustre joven aquí presente que tantos días de gloria ha de proporcionar á nuestra madre Patria, y así, voy á anticipar como Ministro de Fomento, lo que pienso hacer por el pueblo leal de Villa-Acarnerada. Tan pronto como llegue á Madrid la sección de Obras Públicas estudiará la manera de dotar á esta leal Villa de magníficos puentes...

VERO.-*(Aparte al ministro)* Si aquí no hay rios!
MINISTRO.—¡Bueno! De viaductos y canales copiosos que constantemente rieguen estas comarcas limítrofes... y si es preciso os pondré muelles.
VERO.—*(Aparte)* Será en los sofás. No hay aguas.
MINISTRO.—De bien subvencionados centros de Agricultura, de apoyo á la industria fabril... y extensiones universitarias.
VERO.—¿Para quién?
MINISTRO —Sí señor de centros de instrucción, de asilos para inválidos del trabajo, de fuentes públicas, *(Se va exaltando)* Y así siguiendo por esta pendiente y aprovechando tales beneficios, día llegará en que de todos los confines de España, mas, ¿que digo España? De Europa entera, ha desalír un grito de admiración al contemplar la suprema felicidad y bien andanza de esta Villa... por haber sido sus habitantes, firmes en el trabajo, pródigos en su apoyo á las instituciones, leales á los principios de moral y de cultura, y desinteresados para la patria, simbolizada en el pendón de Castilla, el trono de San Fernando y la religión de nuestros mayores. *(Empieza á caer el telón pausadamente, y una vez bajo, se oirán aún algunas frases incomprensibles, y ruidosos y desenfrenados aplausos.)* Y entonces una aureola de luz vivísima iluminando ferrocarriles de plata que andarán por encima de los impuestos moldes estigmatizados de la corrupción extrangera que nos había invadido, y todo se...

TELON

FIN DEL PRÓLOGO



# ACTO PRIMERO

Ha transcurrido mes y medio. Salón en casa del conde de Solano en Madrid. Estilos mezclados en los muebles. Refinamientos fastuosos en todo, á la derecha en primer término una mesa con servicio de thé, á la izquierda y en cl mismo plano otra con periódicos y revistas. Grandes espejos, vitrinas con bibelots, plantas de salón, etcétera, etc.

## ESCENA PRIMERA

D. MELCHOR, ex-fabricante catalán, CONDE y CONDESA DE SOLANO, D. FULGENCIO, Ministro y SU SECRETARIO D. LUIS, literato académico, D. ESTEBAN General de Brigada, Sr. ALVAREZ Diputado de la mayoría, ALBERTO oficial de ingenieros, JORGE pintor modernista, VICTORIA Marquesa joven y vivaracha y su marido D. LUCAS PEREZ, JAIME MINGOTE gomoso. Señoras y caballeros elegantísimos vestidos de rigurosa etiqueta, luciendo las señoras lujosísimas toilettes.—Al levantarse el telón se está tomando el thé que acaba de ser servido. El General, el pintor, el ex-fabricante y el escritor han formado un grupo á la izquierda con el conde. Las señoras en otros grupos discretean entre ellas y con los caballeros. Victoria está á la derecha sentada en un confidente. y el gomoso apoyado en el respaldo habla eon ella en voz baja.

CONDE.—*(Al General)* ¿Conque han nombrado gobernador de Villa-viciosa á Fernández de Lis?

GENERAL.—El nombramiento ha recaído en Fernández de Lis, con gran sorpresa de todos los que no están en antecedentes de las trampas de dicho señor con algunos personajes de la corte..... Yo mismo influí; aunque más bien por quitármelo de encima que para cobrar un pico que también me adeuda...

CONDESA.—¿Cómo me dijiste que se llamaba ese muchacho que quedaron en presentarnos hoy?

CONDE.—*(A todos.)* ¡Oh! Tengo que comunicarles á ustedes una nueva importante..... mi amigo el señor Alvarez me ha pedido permiso para presentarnos un muchacho recien venido de provincia... una notabilidad... un verdadero genio que viene á abrirse paso en el campo de las letras en nuestra villa y corte... Creo que ha escrito una magnífica obra sobre instrucción pública, y además de que escribe muy bien, dicen que es un gran crítico y un filósofo.

LÚIS —¿No sabe usted cómo se llama?

CONDE.—No recuerdo en este momento su nombre, pero creo que no debe tardar en venir...

LUIS.—Hay que tenerles miedo cerval á esos jóvenes... nuestra literatura se halla amenazada de muerte por una verdadera plaga de innovadores... ¡Pues no hay más que innovar!... ¡Menos mal que al público no le entra esa fiebre! no ve afortunadamente en ellos más que una gran falta de respeto hacia los grandes maestros del arte... ¡pobres pretenciosos! y sobre todo faltos de creencias... Nada significan para ellos los años transcurridos en nuestra labor!... ¡las canas que nos han salido interpretando el gusto de nuestro público...!

No puede negarlo, me hacen muchísima gracia, siempre hablando de Meterlink, de Ibsen, de Biorson, de Nietzche, de.... ¡Valientes defensores les han salido!

Lucas.—No... si con decir que ese muchacho es un protegido del diputado Alvarez de Lara... creo que huelga todo comentario. Ese Alvarez es un exagerado en todo... y además es uno de esos que en cuanto se les niega cualquier cosa .. de seguro .. como si lo viera, trae aquí á su protegido nada más que para molestar á don Fulgencio. *(Esto bajo á fin de que no se entere el Ministro que se ha separado un poco hablando con otro contertulio.)*

Jorge.—Si es el que yo me figuro... no tiene nada de protegido... al contrario no cuenta más que con sus propios méritos... y con su amor al trabajo... su lema es: «*¿Fac et spera?*»

Luis —¡El trabajo!... ¡eso!... y aun ese no es el verdadero trabajo... El verdadero trabajo, es el trabajo del labriego, ó del obrero de manos callosas que sabe empuñar las herramientas como cetro de la naturaleza, ese trabajo que hace circunde las frentes de los proletarios el sudor como verdadera corona del martirio y de la resignación cristiana; ese... ese... es el trabajo!

Melchor.—Si sañort..... eso es el trabaco..... sino que ma lo digan á mí que hay estado en l'Habana! Claro está que me he hecho rico... pero mi trabaco me cuesta; y ¿cuantos obreros me han de agradecert los medios que les he dado yo con mi trabaco.

Alberto.—¡Ahí está!... para esos obreros el trabajo no ha sido mas que un medio, y aun tienen que agradecérselo.... mientras

que para usted ha sido un fin... el trabajo es digno siempre de alabanza... lo que á mi juicio tiene de noble, es solamente la aplicación del trabajo, así pues siempre será menos digno de alabanza el trabajo del judío que explota, que la labor del explotado, y la inteligencia que crea, mucho más que la mano que ejecuta.

MELCHOR.—*(Queriendo interrumpir.)* ¡Oh! ¿no? es que...

ALBERTO.—No, no, don Melchor no hay que confundir...

GOMOSO.—*(A Victoria.)* ¿Me pregunta usted que por qué me apoyo en el respaldo?...

VICTORIA.—Sí.

GOMOSO —Pues mire usted, para no caerme...

VICTORIA.—¿Tan débil está usted?

GOMOSO.—Mucho Victoria... mucho... á punto de desmayarme, no hace más que abrirseme la boca.

VICTORIA.—Yo creí que era admiración, y ahora resulta que es debilidad... me ha desilusionado usted...

GOMOSO.—De todo hay Victoria... la mitad de la boca abierta es admiracióu y la otra mitad debilidad...

JORGE.—*(Aparte)*. Y el todo por estupidez.

VICTORIA.—Debilidad... allá usted... pero admiración... de veras encuentra ustéd en mi algo digno de admiración...

GOMOSO.—¡Oh sí! ¡sí! ¡Victoria sí! ya lo sabe usted, es usted tan hermosa... *(Mirando el escote descaradamente.)* ¡Tan elegante! ¡escotada! lo que más me gusta de usted esta noche son las ligas.

VICTORIA.—Usted siempre con sus bromas pesadas... ¿Cómo si usted las viese?

GOMOSO.—Ja... ja... ja, poco falta. *(Risa de estúpido. Durante esta conversación el general*

*Esteban y el marido de Victoria estan hablando aparte.)*

ALBERTO.—Ha visto usted qué tiempo mi general. *(Alberto se acerca.)*

GENERAL -No me diga usted nada, esta mañana hemos tenido un paseo militar tremendo... hemos llegado á la Moncloa... no puede usted figurarse lo que se ha cansado mi caballo... y mañana revista; no le digo á usted nada. *(Da unos gritos tan fuertes cuando habla que ha llamado la atención de toda la reunión, y todo el mundo para de hablar para oirle; él se apercibe y medio cortado desde este punto baja la voz.)*

ALBERTO.—¿Y tiró al blanco cuando lo hay?

GENERAL.—No, no hay cartuchos. *(Jorge y Justo que se hallaban en el fondo se acercan al proscenio y siguen hablando.)*

JORGE.—Pues sí, á mí me lo dijo ese muchacho anoche en Fornos... que el diputado Alvarez de Lara lo presentaría hoy... que tenía un gran interés en asistir á esta reunión.... harto conoces como las gasta don Fulgencio... pues figúrate que este pobre muchacho. vino á instancias suyas á Madrid. Para venir tuvo que vender un pedazo de tierra que tenía y dejar su puesto de profesor del Instituto municipal, y ahora resulta que hace más de un mes que está en Madrid y no ha podido aun ver al Ministro. Por esto le presentan aquí esta noche, para ver si puede hablarle pues en el ministerio le niegan la entrada.

JUSTO.—No sé porque me parece que es el que yo me figuro, un tal Máximo Lasheras. Si es ese no creas que Alvarez lo haga por favorecer á ese muchacho; sino por darle en la cabeza al Ministro... como le ha negado una credencial, ese diputado se

halla contrariado; un republicano encasillado... lo que te decía, ¡nada! así como la religión convirtió los pescadores en apóstoles,... la política convierte esos apóstoles en pescadores,... por lo demás no puedes figurarte lo que sufro al lado de don Fulgencio

JORGE.—Pues oye, sabes que me suena ese nombre... Máximo... Máximo Lasheras.

JUSTO.—Voy á advertírselo al Ministro.

JORGE —*(Cogiendolo por el brazo.)* ¡Ya es tarde! ¡Mira!

## ESCENA II

Dichos, EL DIPUTADO, ALVAREZ y MAXIMO —Aparece el Diputado por el foro cogido del brazo de Máximo; se dirigen á los dueños de la casa.

ALVAREZ.—Señores, creo que no necesito hacerme anunciar, ni aún viniendo acompañado...

CONDE.—¡No faltaba más!

ALVAREZ.—Cumplo mi promesa. *(Dirigiéndose á la condesa.)* Señora, tengo el honor de presentar á usted mi amigo Máximo Lasheras, un joven ilustradísimo á quien espera un brillante porvenír en el mundo de las letras... *(Dirigiéndose á los caballeros.)* Ustedes ya tendran ocasión de conocerle... *(Mostrándole á Máximo con la mano cada uno de los personajes que nombra.)* El conde de Casa Solano... Don Luís, novelista... don Jorge, pintor laureado .. El brigadier don Esteban Quiñones... don Melchor... *(Sigue haciendo presentaciones en voz baja, Lucas Perez, esperando que le llegue el turno, ha estendido varias veces la mano sin que le hicieran el menor caso.*

VICTORIÁ.—Que simpático parece ese muchacho... No lo puedo negar, el hábito tal vez... de tratar tanta gente de mundo.. me hace sentír cierta atracción hacia la cortedad y natural turbación de los muchachos de provincias. ¡Ay! Pero este me parece extraordinariamente simpático. *(Mirando con los impertinentes)*

GOMOSO.—*(Hirguiéndose y paseando con tono de mofa.)* ¡Huy! Un muchacho de provincias!

MÁXIMO.—*(Que ha sentido una gran alegría cuando ha reconocido al Ministro aprovecha el primer momento para acercarse á él.)* ¡Ah! Don Fulgencio! He sentido una alegria tan grande cuando he visto que estaba usted aquí... he estado varias veces en el ministerio... pero me dijeron que estaba V. E. tan atareado,.. *(El ministro hace un ademán con la cabeza, como molestado por tanta ingenuidad.)* hace ya más de cuatro semanas que me encuentro en Madrid.... he venido solo.... de momento no he querido traer á mi madre... está tan delicada... Así tendrá vuecencia más tiempo para cumplír su promesa... ¡me duele tanto que vuecencia se moleste!

MINISTRO.—Usted perdone... tiene uno tantas cosas en la cabeza... en este momento... no recuerdo...

MÁXIMO.—¡Máximo!... Máximo Lasheras... el profesor de Villa...

MINISTRO.—*(Sin dejarle terminar.)* ¡Ah! ¡ya! ¡sí!... ahora sí.... digame ¿que es lo que desea usted?

MÁXIMO.—Yo... yo nada... Como vuecencia se ofreció. . yo nunca me hubiera atrevido... *(Le falta poco para caérsele las lágri-*

*mas. El ministro dirige la mirada al secretario á fin de poder terminar esta situación embarazosa. El secretario no ha podido acercarsele antes porque el Diputádo á propio intento le habrá estado acosando á preguntas; por fin puede acercarse al ministro.)*

JUSTO.—*(Saludando á Máximo.)* A fé que no lo habia conocido á usted. Es verdad que no nos hemos visto mas que una sola vez... por fin ha dejado usted aquel dichoso pueblo, ¿verdad?.. Y el señor Iglesias, ¿cuando viene?

MÁXIMO.—No lo sabe... hasta que no terminen las elecciones... Aquí traigo precisamente una carta de él para vuecencia. *(Se la da al ministro.)*

MINISTRO.—*(Tomando la carta y leyendo.)* Pero... hombre! ¿porqué no lo decia usted antes? Le pido mil perdones por mi falta de memoria.

MÁXIMO.—¡Oh! Ya lo comprendo...

MINISTRO.—*(Suspendiendo la lectura de la carta.)* Bueno, ¿ve usted? Aquí me lo recuerda todo perfectamente don Timoteo... Si hubiera usted empezado por aquí... nada! pásese usted mañana por el Ministerio... Dé usted esta tarjeta. *(Dándosela.)*

MÁXIMO.—¿He de preguntar por vuecencia?

MINISTRO.—Si... desde luego. *(Al secretario.)* No deje usted de recordármelo... hay que ver si se le hace un hueco á este muchacho... de delineante en obras públicas.. ahí puede tener un sueldo...

MÁXIMO.—Señor ministro, me sería imposible desempeñar bien esas funciones; en mi vida he cojido uu tiralíneas... se dibujo... pero no dibujo lineal... confieso mi ineptitud para ese cargo...

MINISTRO.—No se apure usted... creo que sa-

brá usted al menos dibujar su nombre sobre la nómina...

MAXIMO.—Vuecencia me perdonará... se lo agradezco muchísimo... pero este cargo puede desempeñarlo otro utilmente. Yo quiero trabajar en lo que entiendo y solo percibír honorarios que correspondan á mi trabajo útil

MINISTRO.—Quiere usted ir á estudiar la cría cabellar á Suecia?

ALBERTO.—*(Que se habrá ido acercando.)* En tal caso el bacalao .!

MINISTRO.—O la historía del teatro en Turquía.

MÁXIMO.—El pueblo turco no ha tenido nunca teatro...

MINISTRO.—*(Contrariado.)* Bueno... bueno... pues así es ya mas dificil, pero ya veremos..,

MAXIMO.—No importa... prefiero esperar un poco .. pero quiero dejar á vuecencia en buen lugar. por ahí empieza mi agradecimiento. (*Algunos empiezan á marcharse del salón.*)

CONDESA.—*(A su marido que se halla en el grupo más numeroso.)* Vamos al salón de música.

JUSTO.—(*Indicando que casi todos se marchan.*) Vamos al salón de música! *(Aparte)* ¡Qué muchacho! (*Desfilando.)* Si se encuentra Diógenes con él tira la linterna! ¡Hé aquí un hombre! *(Salen todos. Se oye un cuarteto de música.)*

## ESCENA III

Entra EL GOMOSO poco después MAXIMO.

GOMOSO.—*(Espera á que todos se hayan marchado, después se pasea con alguna agitación).*

Pues señor, ¡nada! No cede. Y eso.. no me cabe duda... consiste en que habrá tratado tantos como yo... y hasta más sinvergüenzas que yo.. *(Pensando mejor)* bueno... más sinvergüenzas que yo... ¡que demonio!.. Pero eso sí! no hay que darle vueltas... estas mujeres... mujeres... estas marquesas son el capricho andando. La variedad... lo imprevisto, las emociones fuertes... ¡Váyales usted con ternura... con galantería... con talento... ¡nada!... todo eso es moco de pavo.. ahora, si es usted torero.. si pasa usted el Niágara en bicicleta, ó ha matado usted quince ó veinte cristianos en desafío .. entonces ya es otra cosa.. ¡oh, la popularidad! ¡El valor! ¡el renombre! . aunque sea en provincias, basta con ser llamativo, ¡he aquí todo!... Soldado de la Escolta Real, estudiante para cura... ó moro Muza... cualquier cosa... Estoy seguro que ya está dándole vueltas al provinciano este que han presentado hoy... un memo que no sabe ni dar la mano .. y sin embargo ella: ¿De donde es? De donde viene? Como dicen que se llama? Y toda la noche mirándolo... nada, que le ha gustado... yo no lo puedo tragar!.. Voy á ver si se lo ha llevado ya á su casa... *(Marcha hacia el foro en el momento que entra Máximo pensativo.)*

## ESCENA IV

GOMOSO y MAXIMO.

MAXIMO.—*(Entra encendiendo un cigarro.)* A fé que tenía ganas de estar solo. Aqui entre esta gente, uno siempre tiene que estar con los músculos de la cara contraídos, fingiendo una cara amable ante seres nulos. Que asco! *(Se oye un piano.)*
GOMOSO.—¿Quién está tocando ahora?
MAXIMO.—No se... no conozco á nadie todavía.
GOMOSO.—Por lo visto hace poco que llegó usted á Madrid .. de provincias.
MAXIMO,—Muy poco...
GOMOSO.—Pués ya le gustará á usted esto... ¿Habrá usted estado en las carreras de caballos..?
MAXIMO.—No señor.
GOMOSO.—Será V. aficionado al croquet? Al Foot-bol... al Polo?
MAXIMO.—No señor.
GOMOSO.—Ah! vamos! como buen provinciano se pirrará usted por los toros.
MAXIMO.—*(Incomodado.)* No señor.
GOMOSO.—Hombre, es usted un ser estraño. Yo sino contase con todo esto, y sobre todo con la buena sociedad que asiste, á donde uno puede lucír, me aburraíia soberbiamente! ¡Oh el esport... el esport!..
MAXIMO.—¿El esport?... lucír? *(Sonrisa despreciativa )* Esto está bien para gente irreflexiva: Yo no me doy en espectáculo á los demás; esto es propio de histriones. Yo quiero brillar por energía propia, y para ello cuento solo conmigo mismo.
GOMOSO —No le comprendo á usted, francamente! Yo no me divertiría si no fuera por

la buena sociedad; si no contase mas que conmigo... uno solo... que aburrimiento.

MÁXIMO.—Por que usted no podrá volver los ojos hacia dentro por temor al vacío.

GOMOSO.—¡Claro!

MÁXIMO.—Mientras que yo siento en mi un mundo, un mundo mío, todo mío que cada día voy agrandando... usted será de aquellos que no pueden sufrirse á sí propios; por esto necesita no estar solo, aturdirse con el esport... Qué quiere usted... A lo que veo, somos los dos polos opuestos de la especie humana; usted es todo para eso que llaman la buena sociedad... ¡Ah!.. Yo no puedo tributar, sin sublevarme, culto á todos esos formulismos sociales, que se llaman el buen tono, lo aristocrático, cuando tengo un valor real y positivo, mejor ó peor, pero por derecho propio. Yo hago siempre lo que debo, lo que me dicta mi conciencia; no lo que los demás quieren que yo haga.

GOMOSO.—Ah! *(En tono burlón.)* Ah! y, ¿usted quien es?

MÁXIMO.—¿Yo? soy yo, yo mismo; *(Con gran fuerza)* un hombre que piensa y siente por cuenta propia; que ha dedicado todos sus esfuerzos á la cultura, lo más perfecta posible, de su individualidad, de sus aptitudes, un hombre que en medio de la multitud popular, ó de los salones, sabe guardar con perfecta nobleza, la serenidad de la soledad augusta..

GOMOSO.—Ay! Pués! Y las buenas costumbres? los usos? Vamos que usted no pensará así cuando ya haga tiempo que frecuente los salones.

MÁXIMO.—Usos muertos, costumbres falsas, galanterías fingidas, cumplimientos... cum-

plo y miento... ¡No! Esto me repugna, me dá asco... Esto solo sirve para perder el tiempo, borrar la energía del caracter propio, y atenuar la personalidad.

GOMOSO —Pero usted, que á lo que parece es un intelectual, usted más que nadie necesita de ese roce con la buena sociedad, en ella podrá usted observar...

MAXIMO.—Si! observar falsedades. Yo quiero dominar el medio y no adaptarme á él cuando el medio es tan bajo. Quiero ser juez y arbitro. Me siento secretario del Mundo; no quiero que él me domine á mí. Aquí en esos salones, todo es falso, todo es convencional, y tengo que ir prestando culto á todo lo que yo déstruiría; y para observar, tengo que hacerlo á escondidas, guiñando el ojo, espiando con cautela como si fuera un esbirro que se introduce furtivamente, como si fuera un mendigo recogido, un bastardo tolerado, ó un insignificante bachillero. Todo eso puede hacerlo aquel que en sí no sienta virtud alguna, aquel que no se encuentre con fuerzas para construír algo grande, el individuo para el cual un gran libro, un buen cuadro, una gran estatua, son objetos extrangeros, el que no sienta el arte mas que en casa del mueblista, y aún el arte ó artificio que dicta la moda... Yo no! no soy de esos. Yo me siento de aquellos para los cuales la historia se escribe. En medio de esa plebe aristocrática, en medio de ese vulgo de los salones, en medio de esas nulidades correctas... usted me dispense, yo me siento Emperador, y es poco!

GOMOSO.—*(Espantado.)* Hombre... ¡caramba!.. Daría cualquier cosa por ser amigo de us-

ted. ¿Cómo me gusta oirle? Y eso que aun no le entiendo...

MÁXIMO.—Pues no dé usted nada, que no me entenderá usted nunca .. Ya se lo he dicho que somos diferentes; no podemos ser amigos, ni enemigos. Lo primero, porque no podemos comprendernos y lo segundo... porque para ser enemigos .. Mire usted.... la enemistad, es una amistad invertida; se necesita potencia por ambas partes y esto no existe en nuestro caso.

GOMOSO.—¡Cáspita! Eso es muy fuerte...

MÁXIMO.—Ni fuerte ni flojo; entre usted y yo no hay paridad posible.... y ¡basta!

GOMOSO.—Me parece que ha venido usted engañado á la Corte.

MÁXIMO.—Sí, ¡sí! eso es. . he venido engañado... no lo dude usted. . he venido engañado. Creia encontrar en todo una superioridad que no encuentro; un terreno firme desde el cual pudiera hacer grandes cosas, para levantar á nuestra pobre España de su decadencia y me he encontrado solo con que todo está carcomido y vacio Siento que el suelo que piso se hunde bajo mis pies.... Sí!... tiene usted razón he venido engañado á la Corte.!

## ESCENA V

Dichos y LUCAS PEREZ

LUCAS.—*(Entra precipitadamente dirigiéndose enseguida al Gomoso.)* Mi esposa me encarga que vaya usted enseguida, que se va á empezar el minuet.

GOMOSO.—Voy... voy enseguida. *(A Máximo.)* usted me perdone, Victoria me llama... *(Se marcha con don Lucas.)*

MAXIMO.—¡Qué atrocidad!... el marido... el

propio marido!... eso traspasa todos los límites que yo hubiera podido figurarme...

## ESCENA VI

MÁXIMO, DON LUIS, ALBERTO, DON MELCHOR, JORGE y DON ESTEBAN.— Don Luis, Alberto, don Melchor, don Esteban y Jorge entran hablando por el foro.)

MAXIMO. — Ustedes me perdonarán que les haya dejado; pero... sufro horriblemente... mi ánimo está tan mal dispuesto... (*Todos muestran gran curiosidad*)

ALBERTO.—¿Acaso le ocurre á usted alguna desgracia?

LUIS.—¿Está usted indispuesto?

MAXIMO.—No... no... muchas gracias... es el calor... las luces... el bullicio, la atmósfera del salón todo trae á mi memoria una infinidad de cosas para mí nada agradables... no lo extrañen ustedes, hay asociaciones de ideas, por oposición... ha sido tan rudo el cambio... ¡mis afecciones.... mi pobre madre... ¡sí! sobre todo mi madre!

JORGE.—¡Bah! Ya se irá usted acostumbrando... ha de llegar usted hasta á disfrutar con la observación del medio... (*Sacando un álbum.*) Vea usted que apuntes he tomado... todo son caricaturas... usted tiene un alma muy sencilla... ya se le irá complicando... no se apure usted....

ESTEBAN.— (*Que ha cogido un periódico de encima la mesa y lee.*) Señores ¡han visto ustedes! por todas partes no se habla de otra cosa que de la campaña de los catalanistas.. y el gobierno, maldito lo que se ocupa de ello...

LUIS —Y hace bien... no merece la pena. Yo he estado algunas veces en Cataluña, y ase-

guro á ustedes que he podido observar que carece por completo de la importancia que quieren darle... Mis obras han sido siempre muy aplaudidas .. eso les demostrará á ustedes, que allí no hay animadversión de ninguna clase.

ALBERTO.—Lo mismo puedo asegurar yo por mi parte, que jamás he notado prevención alguna en el largo tiempo que por allí estuve de guarnición.

JORGE.—Yo no se que miedo puede inspirar al gobierno... una pléyade de artistas, literatos y filósofos... y si no, que hable don Melchor que es catalán...

MELCHOR.—¡Nada!... eso son gandules! Miren ustedes yo hise el primer dinero á la Habana...

ALBERTO.—¿Vendiendo negros?

MELCHOR.—No, cumprándo blancos!... luego ma fuí en Barselona para ponert una frábica de..,

¿JORGE.—De agujeros para el queso de Gruyere?

MELCHOR.—No, da hilados; Ma hise buenos cuartos, v eso, ca era cuando la Ravolusión que todos gritaban: ¡Abajo la existensia!

JORGE.—Lo existente *(Corrigiendo)*.

MELCHOR —¡Bueno! y los soldados fueron á la plaza de Sant Kaime, cuan el gorro fijo....

LUIS.—¡Sí! el gorro Frigio...

MELCHOR.—El gorro Frigido... ó el gorro frito, que todos parasian unos damonios. Pues no karían pruclamart los munisipios anonimos?

JORGE.—Autónomos..

MELCHOR.—Eso es... una barbaridat... La anatomia dal munisipio... Aquello era graba. Pero un servidort cuan la genta dal orden, organisamos las malisias cuanserva-

doras y... nada! Kasta el keneral ma llamó y ma dijo dándome la mano: Sal fasilita, don Malechort.

ALBERTO.—Bueno, en resúmen que todavía no nos ha dicho usted quienes son los catalanistas. (*Empieza á tocar un minuet.*)

MELCHOR.—Cuatru chiflados... yo les aseguro á ustedes ca nadie les hase caso .. Allí el todo es la clase fabril... el capital...

JORGE.—Bueno señores; pero no se puede negar que lo que es en bellas artes siguen las últimas tendenc as; la moderna pintura.... en París son admirados y premiados en las exposiciones; la música está allí á grande altura. Es la primera región de España que tuvo orfeones y coros populares, y en mil setecientos se hizo ópera al mismo tiempo que en Italia. Luego, todos los grandes músicos alemanes son allí celebrados. Y en el teatro, tiene usted que se comprende y admira á Hauptman, á Ibsen, á Materlink...

MÁXIMO.—Yo estoy conforme con el señor..... ¡hojalá! todas las regiones de España tuvieran el nivel intelectual de Cataluña, España sería una de las primeras naciones del mundo!

MELCHOR —¡Ca hombra! Esos ca nombrado usted dal trayato (*A Jorge.*) yo no los conosco; pero astoy saguro ca nadie las hase caso... deben ser cuatro pardidos ca no tendrán ni una peseta da crédito... yo apostaría á ca ninguno tiene comandita. (*Risas generales.*)

ESTEBAN.—No me diera Dios más trabajo que acabar con todas esas tendencias antipatrióticas y criminales... Que me nombre el gobierno, y me mande á Barcelona con amplios poderes y, en veinticuatro horas

fusilo á Irsen á Upam y al Maternique ese... *(Nuevas risas)* y todo se queda como una balsa de aceite; con contemplaciones no se va á ninguna parte.

MÁXIMO.—Pues entonces fusilaría usted á todos los escritores y artistas tan solo por serlo...

ESTEBAN.—No señor; soy entusiástico partidario del arte... Cuando joven ya leía el Bertoldo, y luego hasta las fábulas de Esopo... que me gustaban mucho. Cuando yo mandaba regimiento, un soldado me sacó un premio gordo en una esposición de pinturas, y le rebejé en cuanto lo supe de todo servicio... para que se aplicara... y le hice pintar las puertas del cuartel de azul celeste... *(Contoneándose)* *(Risas.)* Es más, he tenido un ayudante que sabía hasta inglés y leía novelas de Water Closet.

JORGE.—Walter Scot.

ESTEVAN.—¡Bueno!

## ESCENA VII

Dichos y ÁLVAREZ.

ALVAREZ.—*(Que entra por el foro.)* Poco aficionados se conoce que son ustedes al «minuet».

ESTEBAN.—Aquí discutiendo siempre.

MÁXIMO —Yo ya les he dicho á los señores... estoy mejor aquí... que quiere usted...

ALVAREZ.—*(A Máximo, tratando de hablarle á aparte).* Amigo, se le felicita á usted...

MÁXIMO.—No comprendo...

ALVAREZ.—*(Cogiéndole por el brazo.)* Victoria me ha preguntado por usted tres veces... y ha mandado á su marido que buscara á Jaimito... aquel pollo que hablaba con

usted, solo por darle celos y para ver si iba usted al salón.

MÁXIMO.—¡Qué poco me conoce ..... jamás me he dirigido yo á una mujer casada....... creo que no ignorará usted que estoy próximo á casarme con una muchacha de mi pueblo que no cambio por todos los blasones del mundo..... con decirle que actualmente está cuidando á mi madre con más solicitud si cabe, que si se tratara de la suya propia...

ALVAREZ.—Vamos hombre... que cosas tiene usted... Cambiar de pueblo equivale á cambiar de costumbrés... y además qne no está reñida una cosa con otra...

CONDESA.—Caballeros, ya tocan el cotillón, vamos!

MELCHOR.—Vamos á ver ese escotillón. (*Acercándose á Máximo ve que éste está hablando reservadamente y les dice:*) Siguen... Siguen... no se paran...

ESTEBAN —Vamos allá... ¿Ustedes no vienen? (*Dirigiéndose á don Luis y á Alberto.*)

LUIS.—Luego... Jorge y yo vamos á quedarnos un rato conversando con Máximo. (*Jorge le enseña el cigarro á don Esteban como excusa.*)

MAXIMO.—(*A Alvarez*) No es por hipocresía, me repugnan esas mujeres... no me convencería nadie...

ALVAREZ.—¡Qué le vamos á hacer! (*En este momento don Esteban y don Melchor invitan á Alvarez para ir al salón de baile.*)

ALVAREZ.—¡Vamos, voy enseguida... (*Aparte*). ¡Dios le da de comer al que no tiene dientes! (*Vase*).

## ESCENA VIII

Don LUIS, ALBERTO, JORGE y MÁXIMO, luego MINISTRO, JUSTO y VICTORIA.

ALBERTO.—(*A Maximo.*) Me han asegurado que va usted á estrenar una obra dramática en Madrid... y por cierto que me han hecho muchos elogios de ella.

MAXIMO.—No... no es mas que un ensayo, tal vez una equivocación...

LUIS.—¡Hombre! no diga usted eso... no se desanime antes de tiempo... todos hemos empezado por la primera... ¿quién sabe?... ¿Está escrita en verso verdad? ¡oh el verso castellano!

MAXIMO.—No señor, no! son escenas tomadas de la realidad... en el mundo nadie habla, en verso...

LUIS.—Sin embargo, amigo; yo he hecho dramas históricos y por consiguiente, reales, escritos en verso y han gustado.

MAXIMO.—¿Qué quiere usted? siento decirlo... tal vez en eso me funde para creer que mi obra no gustaría.

ALBERTO.—Tiene usted razón (*A Máximo.*) Yo no veo porque su obra ha de ser en verso.

LUIS.—Pero en verso es mucho mejor.

MELCHOR.—Si sañort al verso. En mi tiempo había en Barcelona, el Odeyon donde se hasían dramas en que todo era en verso, hasta el título.

Los enemigos del sol
y dicha y paz dal andén
ó los Fracmasones en
la calle den Patritchol

ú otru que estaba muy buenu

La Fasilidad pardida
por un punto nada más
ó el hijo da Satanás.
ya cadáver muerto en vida. (*Risas.*)

LUIS.—De todos modos, si no lo ha de tomar usted á mal, yo me permitiría darle un conseio.

MÁXIMO.—Con mucho gusto.

LUIS.—(*Con aire doctoral*) Nuestro teatro es un teatro propio, difícil de innovar porque está inspirado en el caracter nacional, é infiltrado en el gusto del público... así es que prescindir de una acción dramática complicada en enredos,de diálogos altisonantes, de grandes escenas de honor ultrajado, de sentimientales tiradas de versos; no lo dude usted es marchar directamente al fracaso.

MÁXIMO.—Y ¿cree usted que no es posible cambiar el gusto del público, arrancarle de ese romanticismo extemporáneo que tuvo su razón de ser, aunque hoy ya no?.. Yo creo que sí .. es más, estoy seguro de ello. El autor es el que debe de formar el público. El Teatro es la Catedral moderna... Los griegos le llamaban Zeatros porque era la casa de Zeos, la mansión del Dios supremo, en la cual este se manifestaba bajo el aspecto del Dios de la vida, que baja á la Tierra para superiorizarnos. En la edad media el teatro estaba en las catedrales bajo la advocación del Santo espíritu... El teatro está hecho para edificar, para vitalizar, para emocionar ¡sí! pero elevando el espíritu del público, en él todo se vuelve colosal y significativo; y quién maneja estos medios tiene el deber de emplearlos en bien del pueblo de su nación, y de su raza. Consciente ó inconscien-

temente, Esquilo salvó á Grecia más que Milciades y Temístocles, pues con su Prometeo creó héroes, y templó á los atenienses hasta contra la Fatalidad; y estos supieron vencerla. El autor debe extraer el alma de la naturaleza, la quinta esencia de la realidad y dársela al público de una manera plástica y con altitud de miras. El dramaturgo debe de ser el héroe entre los héroes... padre de héroes, generador de vida, portavoz de la alta y Dionisiaca divinidad sobre la tierra.

Luis.—En parte tiene usted razón... el teatro si eso! debe de ser ideal y manifestarse como V. dice Hoy día, la libertad... el trabajo, el ahorro, el comercio han venido á sustituir las capas rojas y las tizonas con sus lances de callejón... no, no va usted desencaminado ..

Maximo.—Y no basta á mi juicio la energia en el fondo, sino que esta debe predominar hasta en la forma.. El teatro ha de ser un campo moderno en el que, á fuerza de realidad y de arte, entren vivientes las ideas que han de dirigir los pueblos, en donde las personas de carne y hueso sustituyan á los muñecos de cartón, en donde veamos reflejadas nuestras pasiones, con nuestras cualidades y defectos... es preciso en una palabra levantar la platea hasta la altura del escenario, y sustituír los telones por espejos que reflejen al público sus vicios y virtudes.

Luis.—¡Ah! no amigo, no... eso no gustaría; el teatro no tiene más remedio que ser convencional... para eso que usted dice tiene usted el Ateneo y el libro... lo que usted dice no es posible... la verdad no gusta desnuda... necesita para presentarse en pú-

blico de vistosísimos ropajes... quítele usted al teatro los efectismos, la parte convencional y sonora, y verá usted lo que queda...

MAXIMO.—Nada... lo natural concentrado...... un escorzo de la realidad... nadie hable de la vulgaridad, de presentar la fealdad como lo único natural... la verdad sublimada por el arte... escenas reales pero relevantes... dejémonos de efectismos, de mentiras... sintamos y tengamos ideas... que los efectismos, los cuadros escénicos vienen por si solos, cuando se siente y se observa... sin necesidad de traerlos por los cabellos... Miren ustedes... (*Empieza á bajar lentamente el telón mientras hablan.*) en el Japón, y no me negarán ustedes que los japoneses son unos grandes artistas á pesar de que su teatro es muy diferente...

JORGE.—Vaya si los son; y muy realistas.

MAXIMO.—Pues en el Japón, los actos terminan cayendo el telón en mitad de una escena... cortando á lo mejor una conversación tal como el marco del cuadro corta el paisaje.

## ESCENA ULTIMA

Dichos, el MINISTRO y JUSTO, VICTORIA que entran por el foro.

MINISTRO.—(*Va acercándose á Máximo acompañado de Justo, lo toca por la espalda.*) Que se pase usted por el ministerio.

MAXIMO.—Si señor. . Pues en el Japón los artistas continúan aun con el telón bajo, y si se les llama en escena comparecen continuando la acción como no habiéndola interrumpido...

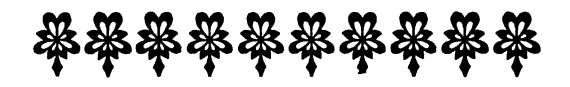
LUIS.—Eso no gustaría... caer el telón cortando una conversación... ja... ja... ja...

VICTORIA.—¡Que bien habla este muchacho! (*Acercándosele y bajo.*) Castellana trescientos siete, véngame usted á ver...

LUIS.—Nada, que no gustaría,¡vamos hombre! á ver si iba el telón á cortar un diálago..... ja... ja...

MAXIMO.—Mire usted, no... lo...

TELÓN



# ACTO SEGUNDO

## ESCENA PRIMERA

Han transcurrido tres meses. **La escena se desarrolla en la esquina del café Suizo en la calle de Alcalá. Se ve la equitativa. En la acera hay mesas y sillas. En grupo están sentados tres PERIODISTAS y JORGE. Pasan vendedores de periódicos, mendigos. floristas, toreros, comediantes, etcétera, etc.**

PERIODISTA 1.º—Por fin se le ha visto la jugada...

PERIODISTA 2.º—Hace tiempo que las viene haciendo á ciencia y paciencia de la prensa y de la opinión.

JORGE.—¿Hablan ustedes del Ministro de Fomento?

PERIODISTA 1.º—Sí... ¿no está usted enterado?

JORGE.—Tantas cosas cuentan.

PERIODISTA 1.º-¡Oh! pues esto es gordo, amigo, y reciente. . Calcule usted que todo el mundo sabe que hace tiempo venía adquiriendo propiedades en Villa-acarnerada.... hasta aquí ¡ptsé!... si bien hay que hacer notar que don Fulgencio jamás ha tenido bienes de fortuna... ¡pues bien! ahora ha instalado en dicha villa un molino de aceite con todos los adelantos modernos... maquinaria venida de Inglaterra... obra de fábrica soberbia,... grandes almacenes... y ha acaparado toda la aceituna de

la comarca, sin perjuicio de los grandes olivares que el cacique ha ido adquiriendo por cuenta del Ministro, por medios usurarios é indignos.

JORGE.—No me estraña... es más, ahora comprendo como el otro día se esforzaba en el Congreso en demostrar la necesidad de construir un ramal de via férrea que pasando por ese pueblo que ha dicho usted, sería la resurrección de aquella comarca rica por naturaleza, y que hoy vegeta solamente por falta de vías de comunicación.

PERIODISTA 3.°—Lo peor es, que cualquiera se mete con este ministro. Yo lo he intentado varias veces pero es de todo punto imposible ¿qué le va usted á decir?... sobre todo ¿qué le va usted á probar?...

PERIODISTA 2.°—¡Ah! ¡Claro! Con decir que le van bien los negocios...

PERIODISTA 1.°—O que le ha tocado la lotería.

JORGE.—Yo lo que no comprendo es como Justo... un muchacho tan íntegro y de verdadero talento, es aun el secretario particular de ese hombre... A mí, está cansado de decirme que le es imposible continuar con él, que sufre lo indecible... y se comprende.

PERIODISTA 3.°—Pues á mí me aseguró el otro dia que había escrito á París pidiendo colocación en una casa editorial Hispano-Americana.

PERIODISTA 2.°—Pues eso equivale á matar al ministro .. pues nadie ignora que Justo lleva el ministerio en peso, y en cuanto se vaya, veremos incurrir á don Fulgencio en las mayores torpezas.

JORGE.—Amigos... lo de siempre... no es al que más brilla y sobresale... al que más mérito le corresponde... Cuántos reyes han sido gobernados por sus Ministros...

Cuántos ministros por sus secretarios....

PERIODISTA 3.°—Y á ese muchacho... á Máximo, dicen que no ha querido recibirle el Ministro... por más que él fué quien lo hizo venir á Madrid.

JORGE.—Sí... eso me dijo el... ¡oh! lo que ha hecho con ese muchacho es un verdadero crimen.

PERIODISTA 1.°—A la verdad, parece mentira que no comprenda el Ministro el daño que ha hecho á ese muchacho, y el daño que puede hacerle á él esto, en cuanto se sepa.

PERIODISTA 3.°—Tengo ganas de verlo... porque últimamente me dijo que puesto que no le había querido recibir ni en el Ministerio, ni en su casa, que estaba dispuesto á hablarle por última vez en los pasillos del Congreso... ó á armar un escándalo.

PERIODISTA 1.°—El viene por aquí amenudo... me extraña no verlo ya.

JORGE.—(*Llamando al camarero*). Oiga usted, esta tarde ¿no ha venido el muchacho ese que va con nosotros... el forastero?

CAMARERO.—¡Ah! ya... el señorito Máximo!... no, no ha venido... pero esta mañana ha estado á ver si tenía carta.

PERIODISTA 3.°—¿Le mandan las cartas aquí?

CAMARERO.—Sí señor, hará ya unos tres meses.

PERIODISTA 3.°—¡Ah! entonces viene...

PERIODISTA 2.°—Sí, deben ser de su novia.

## ESCENA II

Dichos y GOMOSO.

GOMOSO.—(*Llega muy decidido á la mesa, saluda á todos y particularmente á Jorge.*) Muy buenas señores... ¡hola Jorge!... ¿No ha venido por aquí Máximo?

JORGE.—No, todavía...

GOMOSO.—Pues tengo necesidad de verle... ya te contaré... pasan cosas extraordinarias....

JORGE.—Ya puedes hablar.., los señores son de confianza.... dispénsame.... Sandoval.... Gil y Fernández... periodistas... mi amigo Mingote. *(Se saludan.)*

GOMOSO.—Pues nada. chico, que esa mujer no hace más que comprometerme... calcula tú, que sin duda, creyéndose que Máximo era uno de tantos de esos que siempre sacan partido de las aventuras mujeriles.......

JORGE —¿Pero de qué mujer me hablas?

GOMOSO.—De Victoria... hombre...

JORGE.—¡Ah ya!

PERIODISTA 1.°—Aventura tenemos.

GOMOSO.-Y gorda..Yo no sé el tal Máximo que se propone ..Es el caso que Victoria, según se dice, le dió una cita el otro día declarándosele y ofreciéndole su protección decidida. . y Máximo la rechazó abiertamente, y ella furiosa le ha dicho á su marido....

JORGE —A don Lucas...

GOMOSO.—¡Si! Que era Máximo quien se le había declarado á ella y, lo que es peor, que el marido se ha dejado convencer por su esposa la cual le ha asegurado que Máximo no la deja á sol ni á sombra, para vengarse de su esquivez...

JORGE —Bueno! ¿y qué?... á todo eso.

GOMOSO.—Pues que el marido ha nombrado ya los padrinos, y éstos andan á estas horas buscando á Máximo para que nombre los suyos. . *(Todos se ríen)*

JORGE.—Apenas se va Máximo á reir de todo esto,.... el lance va á ser chistosísimo......

GOMOSO.—Bueno, mira yo te voy á pedir un favor... tú que has intimado con ese muchacho, dile que no me nombre á mí

como padrino... le dices que mis creencias religiosas... que soy hijo único... cualquier cosa... No por nada... no vayas á creer, si no porque, tu ya sabes, que á mi me gusta mucho Victoria... y calcula... no puede ser... como voy á apadrinar... no, nada, de ningún modo.

JORGE.—No te apures hombre... no creo que se le ocurra nombrarte ¡no! Ya le hablaré, de tu caracter... de lo contraproducente que sería tu nombramiento, le dieré en fin que el único modo de no llevar las cosas al último extremo, es nombrarte á tí...¿Estás satisfecho?

GOMOSO.—Sí, chico, gracias!

PERIODISTA 2.º—¿Y usted por qué cree que este muchacho le va á nombrar padrino?

GOMOSO.—¡Oh! ya verá usted .. yo no he hablado con él más que una vez... pero como le brindé mi amistad en todo y para todo... francamente yo no podía, ni mucho menos sospechar la ligereza de este muchacho...

PERIODISTA 3.º—¡Ah! caramba! *(Con sorna)*.

GOMOSO.—No... yo me voy de aquí... tampoco me conviene que me vean en público con él .. calcula si ella se enterara... ahora que está casi al caer, y desengañada ya de este muchacho, ¡qué disparate!... Mira tú díselo si le ves ¡eh!...

JORGE.—Sí hombre sí, no te apures ..

GOMOSO.—Bueno! pues adiós... Señores, Jaime Mingote, Paseo de la Castellana Hotel número cien... *(Vase. Se despide).*

## ESCENA III

PERIODISTA 2.º—¡Valiente mamarracho!

JORGE.—Calle usted!

PERIODISTA 1.º—Yo le conocía de vista... siempre va guiando un Melcoche por la Castellana, con unos caballos que parecen de madera.

JORGE.—Es hijo de un grande de España..... siempre va con *gentlemans.... clubmans..... sportmans....* y todos los *mans* posibles é imposibles.

PERIODISTA 2.º—Sí! y entre todos éstos y él de seguro que no forman un cerebro regular.

PERIODISTA 3.º—Tengo ganas de ver á Máximo á fin de comunicarle lo del desafío; á ver qué dice.

JORGE —Hay que conocer las ideas de ese muchacho... yo tengo curiosidad también.

PERIODISTA 1.º—Y usted cree que él va á contar al marido de Victoria que era ella la que le hacía objeto de sus asedios?

JORGE —No lo creo. El ha visto que ésta es una sociedad distinta de todas las que él ha tratado y concebido... Por todas partes no recibe más que daño, no halla más que acciones indignas... en una palabra: se encuentra en las últimas trincheras... se ha formado un reducto dentro de sí mismo y de él no sale,... sabe que todos los que están fuera son enemigos... ¿y qué va á sacar con decir la verdad?

PERIODISTA 2.º—Amigo, es que lo que le pasa á ese muchacho es un verdadero drama... Porque á él no se le hubiera ocurrido nunca venir á Madrid en esas condiciones si no le hubieran engañado con falsas promesas.

JORGE.—Hay que decirle que cuente con nosotros... entre todos... algo podemos hacer por él.

## ESCENA IV

Dichos y MAXIMO.

MÁXIMO.—*(Que aparece por el foro, lleva un traje mezquino pero aseado. En su rostro macilento y ojeroso se vislumbran los padecimientos que le consumen.)* ¡Buenas tardes señores!

JORGE.—Hola Máximo!

PERIODISTA 1.°—Buenas tardes. *(Los otros le saludan a su vez).*

PERIODISTA 2.°—A fé que teníamos ganas de verle á usted.

MAXIMO.—¿Ocurre alguna novedad?

JORGE.—No, no es nada... siéntate, ya te contaremos...

PERIODISTA 3.°—¿No han ido á buscarle á su casa?

MAXIMO.—No, ¿quién?

JORGE.—No te han dicho que el marido de Hictoria ..

MAXIMO.—¡Ah! ya!... Calculen ustedes que esa mujer sin pizca de decoro que no me deja ni á sol ni á sombra, á fin de satisfacer sus pasiones caprichosas, me llamó la pasada semana con el pretexto de que la diera lecciones de Psicología, de Literatura y de historia.

PERIODISTA 1.°—Así ¡Vamos! *(Con sorna).*

MAXIMO.—Y enseguida empezó á insinuarse de una manera tan clara...

JORGE —¡Sí! .. que ..

MAXIMO.—Que tuve que marcharme. Yo adoro á mi María y por nada del mundo yo le falto...

PERIODISTAS.—*(Riendo )* Qué escena... el casto José... y la señora Putifar.

MAXIMO.—Y hoy, ha causa de mi nega-

tiva y mis sanos consejos, me amenaza con el peso de su influencia para contrarrestrar mis aspiraciones.

JORGE.—Que infame!

PERIODISTA 2.º—*(A Jorge)*. Pues cuéntele...... cuéntele usted la segunda parte.

JORGE.—Ya es de presumir.. ella se lo habrá contado al revés á su marido.. el marido le habrá dado crédito á sus palabras... y ahora te envía padrinos.

MAXIMO.—*(Riéndose)*. Hombre.. Esto es lo único que me faltaba.. Crean ustedes que siento no tener mejor humor... porque no cabe negar que el caso es chistosísimo.

## ESCENA V

Dichos, DON ESTEBAN y el CONDE de casa Solano.

JORGE.—Mira... Ya están aquí...

CONDE.—Buenas tardes señores *(Todos contestan al saludo)*.

ESTEBAN.—*(Saludando)*. Señor Lasheras.. me hace usted el obsequio un momento *(llamándole aparte)*.

MÁXIMO.—Servidor de usted. *(Se sientan en otra mesa.) (El conde habla con el otro grupo en voz baja)*.

ESTEBAN.—Hemos estado en su casa de usted y nos han dicho que le encontraríamos á usted en el Suizo.

MÁXIMO.—Si. casi todas las tardes vengo por aquí.. ¿Y se puede saber qué desean ustedes de mí.. en qué puedo serles útil?

CONDE.—*(Que ha dejado el grupo de periodistas y se ha sentado enfrente de don Esteban y Máximo)*. Señor Lasheras... nuestra misión es penosa yo lo reconozco... y tal vez demasiado seria para poder ser tratada en la

puerta de un café .. pero la premura con que los Códigos del honor señalan se ventilen estas cuestiones nos obliga...

MÁXIMO.—Ruego á ustedes prescindan de rodeos en obsequio á esa misma premura...

CONDE.—Pues bien... nosotros venimos en representación del Excelentísimo señor Marqués de las Annatas don Lucas Pérez á fin de recab r de usted una satisfacción cumplida por las ofensas recibidas en su honor ..

MÁXIMO.—Agradeceré á ustedes en primer término tengan la bondad de hacerme la historia de esas ofensas, para que no incurriéramos en una lamentable petición de principio.

ESTEBAN.—Según parece, señor Lasheras, usted ha ofendido al marqués de las Annatas en su honra, como marido, por galanteos y declaraciones á Victoria, y por apreciaciones que se ha permitido hacer en público acerca de la conducta de esta señora; luego por las especies vertidas en una carta por usted dirigida á nuestro patrocinado.

MÁXIMO.—Vamos por partes.. Es una impostura, y por consiguiente no tengo para que dar satisfacción de ello á nadie, lo de mi declaración amorosa á la señora Marquesa, y lo de las manifestaciones en público acerca de la conducta de dicha señora; y en cuanto á la referida carta creo de sentido común que dicho señor Marqués debe dirigirse á su esposa en petición de las esplicaciones que trata de exigirme á mí...

CONDE.—La Marquesa ha negado en absoluto fueran ciertos los extremos contenidos en la carta de referencia, atribuyéndolos al despecho que su esquivez ha podido producir en usted.

MÁXIMO.—Señores... Tengo pruebas para demostrar á esa señora mis aseveraciones ante los tribunales, caso de que su señor esposo me demande: pues por mi parte no estoy dispuesto á dar satisfacción alguna. El me escribió insultándome y yo le contesté defendiéndome. He aquí todo.

ESTEBAN.—En este caso....... no tendrá usted más remedio que indicarnos dos amigos de su confianza que le representen pues el señor Marqués le exige á usted una reparación completa por las armas.

MAXIMO.—¡Ah! ya!.. Se trata de concertar un duelo?.. un lance de honor?... un desafío? pues entonces le dicen ustedes á su patrocinado, que siento muchísimo su equivocación, pero que yo jamás he creído en el desafío .. y por consiguiente. .

CONDE.—Oh! ¿cómo se entiende que no cree usted en el desafío?... Nosotros venimos á hablar al caballero. Si este no nos responde... saque usted la consecucuencia.

MÁXIMO.—Ah! vamos... eso quiere decir que no soy caballero si no me dejo asesinar..... ¿Verdad?

ESTEBAN.—Ante todo tenga usted la bondad de comedir sus palabras.

CONDE.—Está usted ofendiendo á nuestro patrocinado *(Esto casi simultáneo.)*

MAXIMO.—Miren ustedes, yo creo que les he de convencer... Ustedes andan confundidos. Yo creo que no impide el que yo sea un perfecto hombre de honor, el que reflexione con madurez. Yo me he pasado la flor de mi vida encorvado sobre los libros... jamas he manejado un arma; ni siquiera las tijeras de los periodistas con la mano izquierda... y ahora quieren ustedes que me ponga delante del señor Marqués... un

hombre... cuya afición desmedida por las armas le ha convertido en un verdadero maestro... cuyo florete forma como parte de su brazo, y que no ha hecho otra cosa de notable en su vida más que dibujar á tiros su nombre en una tabla á ochenta pasos... Así es que, si, para armarme caballero, creen ustedes que es preciso me cruce de brazos delante de ese hombre..... yo les soy á ustedes franco.. renuncio generosamente á tanto honor y á tanta caballería...

ESTEBAN.—Pues entonces yo le suplico á usted retire las palabras vertidas en su carta.

CONDE.—Nos basta con que retire usted las ofensas.

MAXIMO.—Ah! vamos... lo que ustedes desean es solamente que se retiren las palabras....

CONDE y ESTEBAN.—¡Claro!

MÁXIMO —Pues no lo entiendo. . De modo que yo puedo seguir pensando lo que me parezca.. pueden quedar en pie las causas, las razones y las pruebas que me obligaron... eso es lo de menos.. el caso es que desaparezcan los signos de los efectos ó sea las palabras... ¿Eso eso es lo que ustedes quieren?

CONDE y ESTEBAN.—Claro está. . eso es... si señor.

MÁXIMO.—Pues retiradas... y ya que la señora Marquesa me deje en paz para siempre!

CONDE.—*(Levantándose. Don Esteban le imita.)* Señor de Lasheras...

ESTEBAN.—Ha procedido usted con nobleza.

CONDE.—Reconozcanos usted como verdaderos amigos... *(Dándole la mano.)*

ESTEBAN.—Lo mismo digo señor de Lasheras. *(Le da la mano.)*

MÁXIMO.—Ustedes dispongan señores... *(El*

*Conde y don Esteban saludan y se despiden del grupo que forman en la otra mesa los periodistas.)*

## ESCENA VI

Los mismos, menos DON ESTEBAN y el CONDE Solano.

PERIODISTA 1.°—Qué te han dicho?
JORGE.—Cómo te las has arreglado?
MÁXIMO.—Nada! que después de querer provocar un lance de honor en nombre de quien tiene un honor de lance, se han marchado tal como habían venido.
PERIODISTA 2.°—Vaya unos mamarrachos!
MÁXIMO.—Y todo porque el Marqués quiere que quede incólume el honor de la Marquesa y que yo afirme, apesar de todas las pruebas, que es una señora muy .. muy recatada.
PERIODISTA 3.°—Sí! eso, muy recatada, de puro vivir catada... *(Riendo.)*
JORGE.—*(Cogiendo aparte á Máximo.)* Dime Máximo, ¿cómo te encuentras hoy? ¿qué tienes? ¿por qué estás tan ojeroso... y tan mohino?
MAXIMO.—Ay amigo! Ayer el ama de la casa de huéspedes me despidió quedándoseme mi equipaje hasta que la pague. Esta noche he estado en el Ateneo hasta que han cerrado.., y luego paseando.
JORGE.—Es decir que no tienes casa?
MAXIMO —No!
JORGE —Qué has comido?
MAXIMO.— Desde ayer mediodía un panecillo.
JORGE.—Mira Máximo, te vienes á mi casa, allí tendrás cama y mesa, y distracción en el taller. Yo ya lo sabes soy soltero, y aunque no soy rico, algo tengo, y gano para

los dos. Mañana te pagaré la casa de huéspedes y te sacaré el equipaje, y pasado mañana ya podrás presentarte en público como antes. Ahora te vendrás á comer conmigo, y con estos amigos vamos á ver si te metemos en una redacción de un periódico, que no será difícil, y lo que allí ganes se lo envías á tu madre, hasta que puedas mandarla á buscar.

MAXIMO.—*(Casi llorando)*. Ay amigo Jorge, qué bueno eres! *(En esto entra un cartero en el Suizo.)*

JORGE.—*(A los Periodistas.)* Amigos, hay que hacer algo por Máximo, se trata de que entre en una redacción donde podrá ser muy útil con sus conocimientos y su gran talento.

PERIODISTA 1.º—Vaya! Hoy yo hablaré al director.

PERIODISTA 2.º y 3.º.—Y nosotros también. Y haremos una gran campaña contra el Ministro. Ya verá don Fulgencio.... *(Sale el mozo del Suizo y entrega una carta de luto á Máximo. Este la coge y se sienta quedando un momento con la mirada fija en el suelo sin atreverse á abrirla. Por fin abre la carta; empieza á leerla con gran sobresalto, y se deja caer sobre la mesa sollozando).*

## ESCENA VII

Periodistas, camareros, gente del café, JORGE y MAXIMO.

JORGE.—¿Qué tienes? qué te pasa?

PERIODISTA 1.º—Qué ocurre? *(A Máximo le impiden hablar los sollozos por fin le señala á Jorge la carta que está sobre la mesa diciendo:* ¡Mi madre..... mi querida madre! *(Se va formando grupo. Vienen camareros y*

*gente que sale del Café. Jorge ha cogido la carta. En este momento Máximo cae desmayado. Jorge se ha separado un poco para leer la carta... Mientras los demás cuidan á Máximo, uno de los periodistas se acerca á Jorge movido por la curiosidad.)*

PERIODISTA 1.°—¿Ha muerto su madre?

JORGE.—¡Sí! Esto es horrible... Ha muerto en la mayor miseria.... *(Mirando á Máximo y al periodista alternativamente)* Y su novia le maldice... echándole en cara que no ha debido nunca dejar el Instituto, ni vender sus tierras, y abandonar á su madre por las falsas promesas de ese Ministro *(En esto pasan vendedores de periódicos que gritan)*:

VENDEDORES.—«El discurso del Ministro de Fomento.... El Heraldo! La Correspondencia, con el discurso del Ministro de Fomento, sobre la protección que el Estado debe á los grandes talentos... á la juventud estudiosa..!»

PERIODISTA 2.°—Del Ministro!

JORGE.—*(Contesta que si con la cabeza, indicán con la mano que no deben desatender á Máximo.)*

TELON



# ACTO TERCERO

Despacho particular del Ministro. Mobiliario soberbio. Dos mesas una prepeadicular y otra paralela al proscenio, que serán la del Ministro y la del secretario respectivamente.

## ESCENA PRIMERA

MINISTRO y VICTORIA

MINISTRO.—*(De pié despidiendo á Victoria reteniéndole la mano.)* Nada Victoria .. no se ocupe más de eso, mañana tendrá usted las credenciales que me pide.

VITORIA.—Amigo Fulgencio... ¿Es posible que no se canse de tantas peticiones mías?

MINISTRO.—Nada... nada mi hermosa amiga, le digo á usted que cuente con toda mi influencia para todo lo que usted desee. Yo no me ofendo nunca por lo que las señoras me piden, sino por lo que me niegan...

VICTORIA.—Usted siempre tan galante, tan intencionado... bueno vamos... me voy... no deje usted de saludar á Luisa en mi nombre... *(Se dirige hacia la puerta.)* Y ahora, ya nada tengo que decirle... ya conoce usted mi gratitud... pero sobre todo absténgase de mandarme tarjetas como la del jueves... (*Suplicante.*) No puede usted figurarse el disgusto que hemos pasado estos dias.

MINISTRO.—Por causa mía tal vez...

VICTORIA.—No... no, ya hablaremos en mejor ocasión...nada, un insolente que le escribió á mi marido... un tal Máximo que me presentaron en casa de los Condes de Solano, y que vino á mi casa luego para declarárseme, el insolente!... ¡Ah! y que pretende que usted le dé un alto empleo, y por ahí anda desacreditándole. No le reciba usted.

MINISTRO.—Si es el que me figuro, ayer hice que le hecharan de los pasillos del Congreso. *(Estirandole la mano.)* Venga usted, Victoria, siéntese... y cuéntemelo todo.

VICTORIA.—No. . no .. por Dios. *(Haciendo un gracioso gesto mohín.)* Hoy no tengo tiempo; un día de estos ..

MINISTRO.—*(Dando un fuerte resoplido, se dirige á la puerta y toca un pulsador en la mesa.)* ¡Es verdad!

HUGIER.—Manda Su Excelencia.

MINISTRO.—Acompañe usted á esta señora hasta la puerta. *Hace dos reverencias á Victoria y ésta contesta con la mano.)*

## ESCENA II

MINISTRO, luego JUSTO (el secretario).

MINISTRO.—*(Paseando.)* Esto es pan comido... y que pocas ganas tengo ahora yo de recibir á nadie.

JUSTO.— *Que entra por la puerta lateral con un gran montón de papeles debajo del brazo, los deja encima de su mesa y con uno de ellos se dirige al Ministro.)* Hay que despachar este expediente, si le parece se lo pondré á la firma hoy...

MINISTRO.—Bueno .. bueno lo que usted quira. *(Se va Justo).*

## ESCENA III

MINISTRO un HUGIER, después el DOCTOR Moriel.

HUGIER.—Hay varias personas en la antecámara que desean audiencia.

MINISTRO —¿Hay algún conocido?...

HUGIER.—El Doctor Moriel. *(El Ministro se encoje de hombros como indicando no conocerle.)*

MINISTRO.—Que pase ..

DOCTOR.—*(Tipo intelectual, 35 años, barba rubia, levita inglesa, sombrero de copa y lentes.)* He querido venir á saludar á Su Excelencia antes de hacer las oposiciones que...

MINISTRO.—Cuanto honor tengo en conocer á usted. Una eminencia como usted no necesita recomendaciones, desde ahora puedo asegurarle que tiene usted la cátedra segura ..

DOCTOR.—Sin embargo... Señor Ministro, el mérito solo... suponiendo que existiera en este caso, no es siempre lo bastante. Y sabemos como se hacen las oposiciones en España.. ! Como se esplicaria, si no, el constante triunfo de las medianías... De mi se decirle. que cinco veces he hecho oposiciones y cinco veces las he ganado, pero la cátedra siempre se la han dado á otro... recomendado por algún alto personaje. Y ahora mis buenos amigos de Barcelona han hecho un esfuerzo para que concurra cuantas veces sea necesario. Yo vengo á pedir que se me haga justicia, pues tengo entendido que esta vez también hay un recomendado por...

MIMISTRO.—Vamos hombre!.. eso es cuando

no se lucha con hombres de genio como usted y no se encuentran en el poder ministros como yo. Cuente usted conmigo. Sin embargo... veré si hay tal recomendación y la anularé... se lo prometo .. pero crea usted que está de más... Sería capaz, incluso de destituir al tribunal si no se le hiciera á usted justicia... Vamos hombre! donde iríamos á parar si al doctor Moriel?...

DOCTOR.—Un millón de gracias señor Ministro... yo no sé como...

MINISTRO.—Nada, pásese usted por aquí después de los ejercicios.

## ESCENA IV

MINISTRO y JUSTO.

JUSTO.—*(Entra con papeles debajo del brazo en el momento en que dicen el anteriar párrafo. Saluda con la cabeza al Doctor, este le contesta del mismo modo).*

DOCTOR.—No quiero molestor á usted por más tiempo; mi reconocimiento por tanta consideración será eterno.

MINISTRO.—*(Dándole una mano y poniéndole la otra en la espalda le acompaña hasta la puerta).* Nada hombre, cuente usted conmigo... toda la vida! Si estoy orgulloso de servir á inteligencia tan privilegiada... *(abriendo la puerta)* al Genio!

DOCTOR.—*(Haciendo una reverencia)* Usted siga bien.

MINISTRO.—Beso á usted la mano. *(Haciendo una reverencia y cerrando la puerta tras él. Se vuelve después á Justo que sigue arreglando los papeles de la mesa y le pregunta)* Diga usted ¿y quien es éste?

JUSTO.—El Doctor Moriel... el célebre Doc-

tor Moriel... el que tantos inventos ha hecho en Fisiología, en Histología, en Histoquimía... si todo Europa le admira.

MINISTRO.—Ah! Si... si...

HUGIER.—*(Abriendo la puerta del foro)* Señor, hay una comisión que desea conferenciar con vuecencia.

MINISTRO.—Una comisión ¿de qué?

CAMARERO.—No me lo han dicho; es una comisión de provincias, parecen obreros del campo.

MINISTRO —¿Una comisión de provincias? *(Al Secretario)* Recíbalos usted. *(Se marcha el hugier por el foro y el Ministro por la puerta lateral).*

## ESCENA V

JUSTO, una Comisión de campesinos compuesta de cuatro y un PRESIDENTE. Todos son modestos en su porte y el Presidente como casi todos ellos representa una edad avanzada. Justo está de pié junto á su mesa con las manos atrás cuando enrra la Comisión; delante va el Presidente, siguiéndole el resto con la mayor cortedad y respeto. Un momento de silencio como no sabiendo por donde empezar.

JUSTO —¿Qué desean ustedes?

PRESIDENTE.—El señor Ministro...

JUSTO!—Está algo indispuesto... tengo órdenes de recibirles á ustedes, soy su Secretario,y yo haré presente á su excelencia cuantas manifestaciones se dignen ustedes hacerme

PRESIDENTE.— Nosotros representamos una pequeña industria, todos tenemos molinos de aceite en el término de Villa-Acarnerada y hoy se hallan parados por una tremenda contrariedad.

JUSTO.—Me parece que se han equivocado ustedes; aquí no tenemos fondos ningunos

para atender á calamidades públicas. Deben dirigirse ustedes al Ministerio de la Gobernación... les daré una carta.

PRESIDENTE.—No señor... no se trata de eso... nuestros molinos no están paralizados por ninguna catástrofe natural... Si la mano de Dios los hubiese parado, tal vez sería más llevadera nuestra desgracia. La cosecha ha sido más abundante que nunca.

JUSTO.—Pues entonces... no comprendo...

PRESIDENTE.—Tampoco nosotros lo comprendíamos al principio. Se trata de un crimen no comprendido en el Código. Nosotros sin instrucción ninguna, rechazamos siempre la injusticia como cosa imposible dentro de las leyes. Pero el hambre bien pronto invadió nuestras casas haciéndonos ver claro... Hace ya dos años que en Villa-Acarnerada solo muele un molino... un gran molino mecánico, una especie de monstruo tendido en lallanura, que apaga con sus silbidos nuestros lamentos... que nos ahuma constantemente el cielo, que á uno tras otro nos ha ido despedazando entre los engranajes de su poderosa maquinaria. *(Al viejo Presidente se le caen las lágrimas).*

JUSTO.—*(Emocionado)* Bueno... bueno tranquilícese usted *(al Presidente)* yo haré lo que pueda por ustedes. Es inútil que traten de ver al ministro; les preguntaría á quien pertenece la fábrica y como quiera que consta á nombre del señor Iglesias... nada adelantarían... y por lo mismo que dicen ustedes que las leyes nada han prescrito en ese caso, les diría que sentía no poder hacer nada en favor de ustedes. Yo... yo les diré lo que procede. El ministro todo lo puede con el señor Iglesias

y yo le indicaré que le escriba para que compre á ustedes sus molinos ó que les dé proporcionalmente trabajo asociándolos como es justo á tal empresa, ó que les indemnice, como es natural. Yo le hablaré.

PRESIDENTE —Oh! Gracias noble caballero.

JUSTO.—No ¡nada! Es un deber en mí. Vayan ustedes tranquilos, y. ó yo dejaré mi cargo ó yo conseguiré el que su excelencia les haga justicia,

PRESIDENTE.—En usted está nuestra providencia *(Todos saludan á Justo desfilando y estrechándole la mano).*

## ESCENA VI

JUSTO y luego MINISTRO.

JUSTO.—Y, yo que quería abandonar mi destino! Para algo me habrá puesto Dios á su lado. Si! es justo que continúe.

MINISTRO.—¿Acabó ya esa gente?

JUSTO.—Si! Si señor, ya se han marchado,

MINISTRO.—¿Qué querían, se ha caído algún monumento?

JUSTO —Si señor, la trepidación de la fábrica de ustedes, ha desplomado en Villa-Acarnerada muchos monumentos del trabajo.

MINISTRO.—*(Alarmado)* Pero ... es que ha ocurrido alguna novedad en la fábrica?

JUSTO.—No, no señor, dentro no! Ha sido fuera. Dentro del cañón no ocurre nunca ninguna novedad cuando dispara; los desastres se pasan fuera, si señor, fuera del cañón.

MINISTRO.—Usted siempre con sus retóricas. . ¿Y esa comisión qué quería? *(Con altivez)*

JUSTO.—No venían á pedir á usted limosna... sino justicia.

MINISTRO.—¿Como?

JUSTO.—Claro! Cuarenta molinos cuando se paran, hacen menos ruido que uno que anda, pero hacen sufrir más é indican mayor miseria.

MINISTRO.—Yo no les he dicho que paren....

JUSTO.—Pero les ha hecho usted parar, es decir... (*con sorna*) don Timoteo.

MINISTRO —(*Incomodado*) Le ruego á usted no se hable más de este asunto... y basta! Mi torpeza está en haber dejado que usted los recibiera... sinó, ya les hubiera contestado yo.

JUSTO.—Sin embargo, ellos me han suplicado.. .

MINISTRO.—¡Nada! No quiero saber nada; y usted tampoco se meta en mis asuntos. Hay principios que se conoce no los tiene usted tan arraigados como debiera.

JUSTO —¿Que quiere usted decir con esto?

MINISTRO.—No... me refiero... al principio filosófico de la propiedad, al capital como fuerza... en lo de... el dinero.

JUSTO.—Mire usted, don Fulgencio, ahora que estamos solos, ya podemos hablar claro. La propiedad es solo legítimamente tal, cuando es el producto íntegro y directo de nuestra organización y de nuestros esfuerzos. Lo demás, eso no es propiedad.

MINISTRO.—Pues que es?

JUSTO.—Usurpación, explotacion, infamia!

MINISTRO.—Diga usted como Proudhon que la propiedad es un robo.

JUSTO.—La que uno se gana con su talento ó con su trabajo directo nó; la que se hace ganar á los demás quitándoles el producto, que les corresponde y que les es necesario para su vida, si ¡robo es!

MINISTRO.—Va! Va!.. y el capital?

JUSTO.—El primer capital del mundo es el cerebro humano... El capital es trabajo de ayer acumulado, es decir, ya muerto, que ha de servir de apoyo al vivo, y no de obtáculo, menos de vampiro que le chupe la sangre; y el dinero es solo una cosa representativa del valor del trabajo humano que muchos injustamente acaparan.

MINISTRO.—Usted siempre con utopias... Si no fuese usted tan trabajador sería cosa de no poderle aguantar

JUSTO.—(*Conteniéndose.*) Quiere Su Excelencia la firma?

MINISTRO.—Bueno. (*Se sienta. Justo le entrega un montón de expedientes que le va presentando poco á poco.*) No se incomode usted hombre... ya los abriré yo... usted siempre tan altruista. Parece mentira que un hombre moderno como usted... yo quisiera que me enseñara en la naturaleza algún ejemplo de altruismo.

JUSTO.—(*Visiblemente contrariado*) En eso es en lo único que nos diferenciamos... en que yo creo que el hombre debe de ser superior á los organismos brutales.

MIEISTRO.—(*Riéndose y mirando por encima de las gafas.* Ja.. ja... ja .. traigase... traiga usted la prensa. Lea usted. (*Justo trae los periódicos y mientras el Ministro firma lee algunos telegramas.*)

JUSTO.—De Cuba.—«Por el cable New-York. Se dice que en Pinar del Río el General...»

MINISTRO.—Otra cosa... deje... noticias locales.

JUSTO.—«Ayer continuó el tiempo inseguro, cayeron algunos chubascos con pequeñas intermitencias, reinando fuerte viento del tercer cuadrante hasta la una de la madrugada causando bastantes desperfectos en el ar-

bolado de nuestros paseos públicos.—Ha sido contratado por la empresa del Real el notabilísimo tenor señor Sardalini que tan ruidosos triunfos á obtenido en su última contrata en el teatro de la Scala de Milán.—Esta madrugada se ha encontrado junto á la cascada del Retiro el cadáver de un joven de unos veinticinco años con el cráneo destrozado por un tiro de revolver. Indudablemente se trata de un suicidio pues se hallaba á sus p es el arma descargada, y por los documentos que le ocupó el Juez de instrucción se colige que el motivo inmediato que le impulsó á tan fatal resolución ha sido la muerte de su madre, unida á contrariedades amorosas. (*Justo lee emocionado.*) Se dice que alagado por las promesas de un alto personaje político había venido á Madrid esperando un destino en Instrucción pública, habiendo sufrido un gran desengaño.»

MINISTRO —Y quién habrá sido, ese desgraciado?... se figuran que no hay más que venir á Madrid y pescar altos empleos.

JUSTO.—El infeliz que dejó una carta al Juez diciendo no se culpara á nadie...se llamaba Máximo de Las.... heras.*(Se le cae el diario de las manos y con visible pena exclama)*: ¡Pobre Máximo!... ¡Será posible!... *(El Ministro continúa indiferente la firma. El Secretario coje un pliego de papel y escribe en su mesa )*

MINISTRO.—¿No hay nada más?

JUSTO.—Del despacho no señor... Espere Su Excelencia un momento, que acabo enseguida. (*Escribe durante un rato. Especlación del Ministro*). Tome Su Excelencia....

MINISTRO.—(*Leyendo asombrado*). Está ust d

loco?... ¿Su dimisión?... ¿me abandona usted?

JUSTO.—Sí señor (*Con fuerza.*) Me voy á París á dirigir una casa editorial.

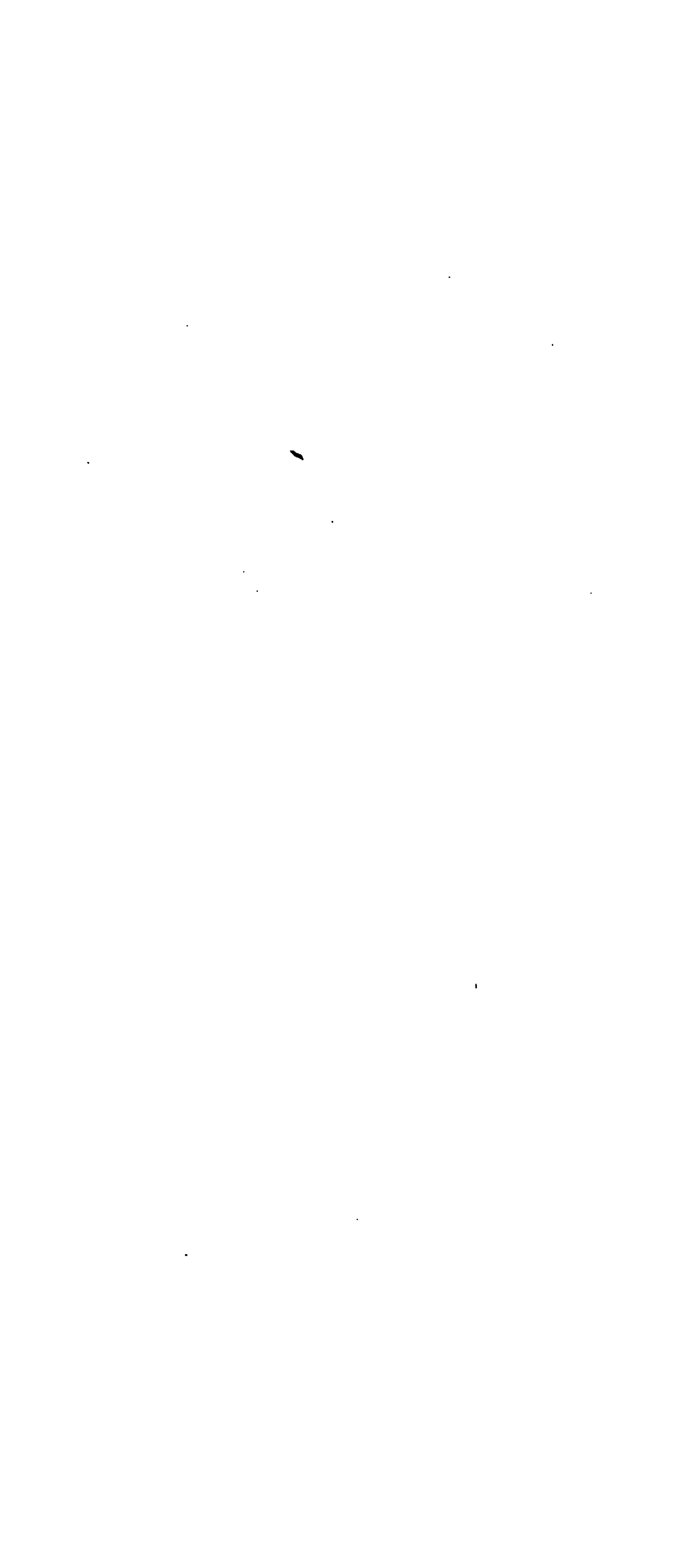
MINISTRO —Pero... no comprendo... Deja la Corte. .? Y suposición política... su porvenir... en el gobierno...

JUSTO.—(*Severo y altivo.*) Todo lo que usted quiera...

MINISTRO —Pero, por qué?

JUSTO.—Por qué? porque en este ambiente yo me ahogo!

TELÓN





# TEATRO ANTIGUO Y MODERN(

## Colección de las mejores obras dramáticas
## á CUATRO REALES tomo

*bsen.*—HALVARD SOLNESS.
» —HEDDA GABLER.
» —LOS PUNTALES DE LA SOCIEDAD.
» —UN ENEMIGO DEL PUEBLO.
» —CASA DE MUÑECA.
» - LA UNIÓN DE LOS JÓVENES.
» —BRAND.
» - EL PATO SILVESTRE.
» - ESPECTROS.
» —LA DAMA DEL MAR.
» —ROSMERSHOLM.
» —EL NIÑO EYOLF
*Shakespeare.*—HAMLET.
» —OTELO.
» —LA FIERECILLA DOMADA
*Balzac.*—LUCHA ETERNA.
*Strindberg.*—LA SEÑORITA JULIA.
» —PADRE.

*Sudermann.*—EL HONOR.
» MAGDA
*Marlowe.*—FAUSTO.
*Pagano.*—MÁS ALLÁ DE LA VIDA
» EL DOMINADOR.
*Maeterlinck.*—LA INTRUSA.- LO CIEGOS.—INTERIO
*T. de Molina*—D. GIL DE LAS CALZAS VERD
» EL VERGONZOSO E PALAC
» LA VILLANA DE VALLEC
*Moratín.*—EL SÍ DE LAS NIÑAS.—I
» CA
*Hauptmann.*—ALMAS SOLITARI
*Calderón.*—LA VIDA ES SUEÑO
*Dumas.* - LA DAMA DE LAS CAMELIA
*Gener-Omedes.* - EL SR. MINIST

## A DOS REALES tomo




**Anónimo.**—El diablo predicador.
**Jovellanos.**—El delincuente honrado
**Laballa.**—Los comuneros de Cataluñ







